

EL TEATRO
MODERNO

NO SE PRESTA

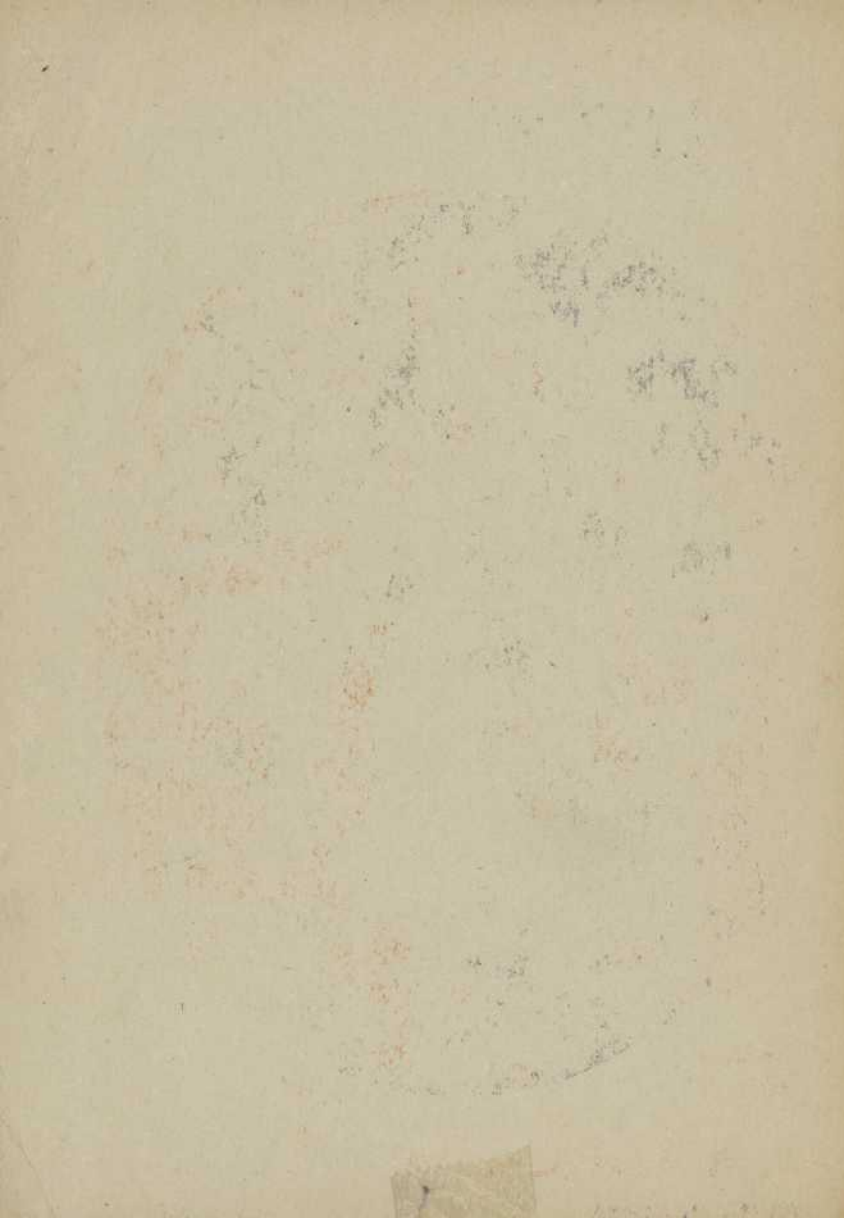
G. Martínez Sierra



Mamá

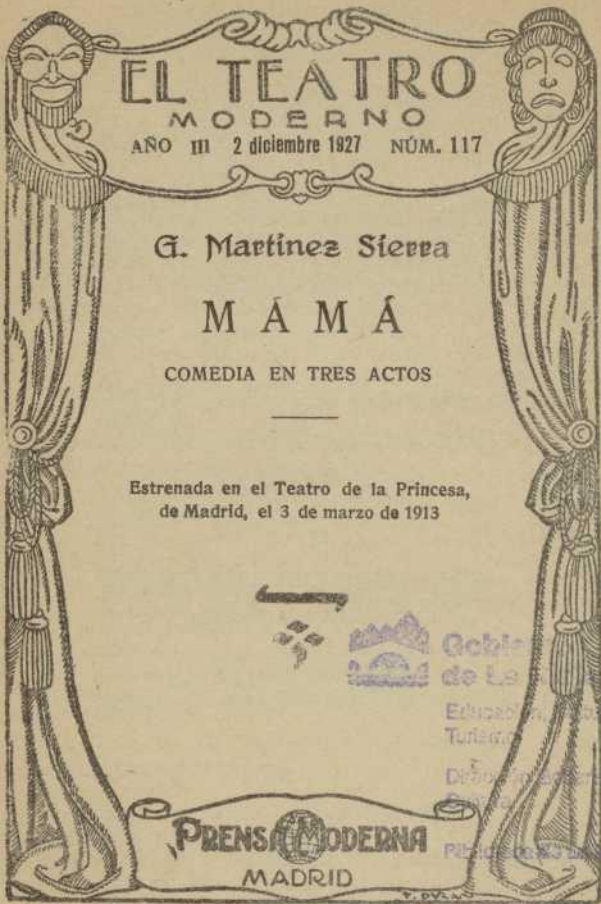
PRENSA MODERNA

50 CENTIMOS



T 364.627

R
11379



EL TEATRO
MODERNO
 AÑO III 2 diciembre 1927 NÚM. 117

G. Martínez Sierra

M Á M Á

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro de la Princesa,
 de Madrid, el 3 de marzo de 1913



Gobierno
 de la
 República
 Ministerio de
 Educación, Instrucción y
 Turismo
 Dirección General de
 Bibliotecas

PRENSA MODERNA
 MADRID

R 2249.381

LA NOVELA PASIONAL

Novelas cortas de los mejores escritores galantes.
APARECE LOS SABADOS 50 CTS.

EL TEATRO

APARECE LOS SABADOS
Los más grandes éxitos
de los mejores autores. 50 CTS.

FRU-FRU

APARECE LOS JUEVES
Novelas eróticas de los
más prestigiosos escritores. 30 CTS.

COLECCION IMPERIO

NOVELAS DE AMOR
Sugestivos originales. Primorosa edición. 3 PTAS.

PRENSA MODERNA
APARTADO 8.012
MADRID

ACTO PRIMERO

Al levantarse el telón están en escena *Santiago* y *José María*. *Santiago* está sentado junto a la chimenea, y *José María* pasea de un lado a otro. *Santiago* está de frac, y *José María*, de smoking. En una mesita auxiliar, cerca de la chimenea, hay servicio de café para cuatro personas.

SANT. (*Con un poco de impaciencia.*) Las nueve y cuarto ya, y a las diez de seguro empieza a venir gente. (*Atraviesa Manuela por el fondo.*) ¡Manuela!

MAN. (*Acercándose.*) ¿Qué quiere el señor?

SANT. ¿No baja la señora?

MAN. No sé; estará arreglándose.

SANT. ¿Y la niña?

MAN. Con su madre, arreglándose también. ¿Quiere el señor que vaya a ver?

SANT. No...; es decir, sí; dile que si quiere que se le mande también el café a su cuarto. (*Manuela va a salir.*)

CECIL. (*Entrando rápidamente, vestida de baile y muy contenta.*) No, no; el café, no, que en seguida baja; pero que lo vayáis tomando vosotros.

J. MAR. ¿Sin ella?

CECIL. Si viene en seguidita. ¿Lo sirvo yo? Papá, ¿cuántos terrones?

SANT. Ninguno.

CECIL. ¡Huy, sin azúcar! Sabrá muy mal.

SANT. Sabe a café.

CECIL. (*Riéndose y probando el café con la cucharilla.*)

¡Qué gusto tan raro!

SANT. (*Sonriendo, mientras bebe el café.*) Me acostumbré a tomarlo así cuando tenía tan poco dinero que hasta el gasto de un terrón de azúcar necesitaba tener en cuenta. Porque vuestro padre, chiquillos, ha sido pobre como una rata.

Al principio me sabía amargo; pero poco a poco le fui encontrando al amarguillo una gracia especial, y ahora, por el amargo lo tomo, y cuanto más amargo, más me gusta. Todo es acostumbrarse, que, con costumbre, y buena voluntad, a las cosas más desagradables les encuentra uno su saborcillo.

CECIL. *(A José María.)* ¿Y tú?

J. MAR. Yo espero a que baje mamá.

SANT. Mira que le vas a tomar completamente frío.

J. MAR. *(Sonriendo.)* Me iré acostumbrando.

CECIL. *(Sirviéndose.)* Pues yo tres terrones. ¡Soy más golosa!

SANT. Como tu madre.

CECIL. Eso es, como mi madre. ¡Qué guapísima está! ¡Y qué elegante! Ya veréis, ya veréis qué traje..., y el traje es lo de menos; cómo le lleva, cómo anda con él... Mamá se viste como nadie en el mundo...

J. MAR. Sé viste, y habla, y anda, y se ríe...

CECIL. ¡Qué alegre es! No parece una madre.

J. MAR. *(Cada vez con más entusiasmo.)* Es verdad, no parece una madre. Parece una hermana mayor... y, al mismo tiempo, más pequeña.

CECIL. Una reina.

J. MAR. Una niña, ¿verdad, padre?

SANT. *(Con un poco de tristeza.)* Verdad.

CECIL. En el colegio, cuando iba a verme, era día de fiesta. A todas nos traía vuelto el juicio y luego nos pasábamos las horas muertas queriéndonos peinar como ella. ¡Poco orgullosa que estaba yo de que fuera mi madre! Todo el mundo la quiere.

J. MAR. Porque se lo merece.

CECIL. ¡Ya lo creo! Los días de visita, los hermanos de todas mis amigas me decían que era la mujer más bonita del mundo, y uno le hizo unos versos..., yo los tengo... *(Viendo que José María se acerca a la puerta.)* ¿Viene ya?

J. MAR. *(Volviendo al centro de la escena.)* Todavía no.

CECIL. ¡Ay, qué contenta estoy de haber vuelto a mi

casa! ¡Y ahora ya para siempre! ¡Ay, padre, padre! (*Acercándose a él, cogiéndole la cabeza entre las manos y besándole.*) Una cosa no te perdono: que me hayas tenido en el colegio ocho años seguidos. ¡Desde los nueve! ¡Habrás visto herejía mayor! ¿De qué le sirve a una tener padre y madre, para vivir como una pobre huérfana, metida en un convento?

SANT. Ha sido por tu bien, hija mía.

CECIL. ¡Por mi bien! Eso dicen las personas mayores siempre que le dan a una un disgusto. Por mi bien; para aprender a dividir ¡sólo por dos cifras! y las diez partes de la oración, que siempre las confundo, y que Dios hizo el mundo de la nada, y a rezar, y a bordar, y a decir buenos días en francés, ¡ocho años de encerrona! ¡En ocho horas lo aprendo si me dejan estudiando solita y a mi modo!

MERC. (*Dentro.*) ¿Pero aún no han traído los helados? (*Aparece en una de las puertas, seguida de Manuela.*)

CECIL. } ¡Mamá!

J. MAR.

MAN. (*Desde la puerta, mientras Mercedes adelanta.*) No, señora; los traerán en seguida; el tiempo justo. No hace dos horas que los encargamos.

MERC. ¡Dos horas! Pues ¿en qué habéis estado pensando? En cuanto yo faltó de casa...

MAN. (*Con leve mal humor.*) Perdone la señora... Como dijo la señora esta mañana que quería hacerlos ella misma para ensayar una receta inglesa, y que se tuviera todo preparado, la cocinera estuvo esperando hasta última hora, y como la señora no ha venido...

MERC. (*Con un poco de confusión.*) Bien, bien...; pero ¿estarán?

MAN. Descuide la señora. (*Sale Manuela.*)

MERC. (*Acercándose a Santiago. Viene elegantísimamente vestida para baile; a ser posible, de blanco.*) Se me olvidó...; ¡esta cabeza mía! Es decir, no tiene la cabeza toda la culpa. Es que

no sé qué le pasa al tiempo: siempre voy corriendo y siempre llego tarde. Creo que desde que nací llevo la vida con media hora de retraso.

SANT. (*Afectuosamente.*) Si no fuese más que media hora...

MERC. Eso es, riñeme...; muy bonito. (*Acercándose a él.*) ¿Estás disgustado? A ver. (*Le coge la cabeza y le mira a los ojos.*) Ya sé por qué: porque no he bajado a comer con vosotros. Hijo, no he podido; más lo he sentido yo; pero tenía que vestirme; no sabes a qué hora he vuelto de la calle. (*Acercándose a Cecilia.*) Este es un mal ejemplo; no lo tomes tú, porque entonces tu padre nos comerá crudas... No, y tiene razón: basta con que haya en casa una cabeza destornillada.

SANT. ¡Mercedes!

MERC. ¡Ah!, ¿también está mal que una reconozca sus defectos y los confiese? Pero ¿no habéis tomado el café?

SANT. Sí.

CECIL. Sí.

MERC. (*Mirando a José María.*) ¿Y tú, no?, por esperarme a mí... (*Abrazándole.*) ¡Ay, qué hijo tengo más requetesimpático! Tú serás el báculo de mi vejez. Ahora lo tomaremos los dos juntitos. (*Sirve el café.*) Y se lo serviré yo a mi chiquillo feo. (*Le da una taza y toma otra.*) ¡Huy, qué asco! Está frío. Hijo, no se pueden hacer sacrificios inútiles.

J. MAR. ¿Quieres que pida otro?

MERC. No, ¿qué más da? Ahora nos estamos aquí, todos juntos un ratito, en familia, hasta que empiece a venir la gente. (*A Cecilia.*) Ponte derechos esas flores.

CECIL. (*Con aplicación.*) ¿Así? ¡Más torpe soy para arreglarme!

MERC. Ya irás aprendiendo. Y a ver si te diviertes esta noche, que el baile es para ti, para la señorita que se presenta al mundo y viene a arrinconar

a su madre. ¡Qué vergüenza tener este par de hijos, que le van a una a hacer abuela cualquier día de éstos! (*José María se ríe.*) Sí, sí, ríete. Mucho vas a tardar en traerme una nuera, con ese aire formal tan embustero que te ha dado Dios. ¡Más enamorado vas a ser! ¡Y que te dará por la tremenda! ¡Boda tenemos antes de un año!

- J. MAR. Pero, mamá, si no tengo más que veinte...
 MERC. Diez y siete tenía yo cuando me casé. Hace veintiuno..., ¡la eternidad! No quiero pensarlo. (*Levantándose sobresaltada.*) ¡Ay, Dios mío! ¿Qué pasa?
- SANT. ¿Qué pasa?
 MERC. Que están sin desempaquetar unos muñecos japoneses que he traído para la última figura del cotillón: los dejé en la antesala al entrar y luego se me fué el santo al cielo. (*Va a salir.*)
- CECIL. Deja, mamá, deja; no te molestes, ya los arreglaré yo. (*Sale Cecilia.*)
- MERC. (*Volviendo a sentarse.*) ¡Miren qué importancia se da la muñeca! ¡Ay, maridito, qué bien se está a tu lado, en paz y en gracia de Dios, sin ruido, sin jaleo...! ¡Ah! ¿No me crees?
- SANT. Me hace gracia que se te ocurra eso cinco minutos antes de un baile que has preparado con tantos afanes.
- MERC. ¡Con tantos afanes! Cualquiera que te oyera pensaría que soy un monstruo de frivolidad. Ya ves, ahora me alegraría de que no viniese nadie. No hay que darle vueltas: yo he nacido para vivir sencillamente, a la buena de Dios. Sí, sí; me gustaría ser una pobre, mujer de un albañil, por ejemplo; a las doce te iría a buscar a la obra, y sentaditos en el suelo comeríamos nuestro cocido con azafrán. (*A José María.*) Tú serías aprendiz de tipógrafo.
- J. MAR. (*Riéndose.*) Y tendría una novia chalequera.
 MERC. ¡Ay, qué antipáticos de hombres! Todo lo convertís en sustancia. (*Entra Manuela.*)
- MAN. Señora...
 MERC. ¿Qué pasa?

- MAN. Que están ahí los músicos; que dónde se colocan.
- MERC. Donde siempre: en el gabinetito.
- MAN. Como la señora tiene allí todas las jaulas de los pájaros...
- MERC. Es verdad...; bueno, pues lleváis los pájaros a la estufa...; no, no, a la estufa, no, que está la mona y no los puede ver...; a mi cuarto..., tampoco, que está el tocador, y el loro en cuanto ve señoras con plumas se pone inaguantable.
- J. MAR. Que los lleven al mio; yo los instalaré. ¡Pobres bichos!
- MERC. Eso es. (*Salen José Maria y Manuela.*) No la dejan a una vivir en paz. (*A Manuela.*) Llévate el servicio de café. (*Pasea un momento.*) ¡Ay, qué vida ésta!
- SANT. Siéntate; estate quieta siquiera un minuto.
- MERC. (*Sentándose en el brazo del sillón donde está su marido.*) Todos los que tú quieras.
- SANT. (*Apartándola.*) No, aquí, no; ahí, en el sillón de enfrente.
- MERC. ¿Qué te pasa?
- SANT. ¿Qué me va a pasar? Que me gusta mirarte cuando hablo contigo.
- MERC. No es eso: es que estás enfadado todavía por lo de antes. (*Con aflicción sincera.*) ¿Verdad?
- SANT. Ya sabes que no puedo enfadarme contigo.
- MERC. (*Muy contenta.*) ¿De veras?
- SANT. Pero sí me disgusta y me parece mal que el primer día que tienes a tu hija en casa no hayas comido con todos a la mesa... Ya sé que vas a repetirme que no has tenido tiempo, que has vuelto tarde a casa...; ¡peor que peor!
- MERC. Te figurarás tú que he salido por gusto; es que he tenido qué sé yo cuántas cosas que hacer. Primero he ido de compras...; no me riñas; eran cosas de toda precisión, por lo mismo que ha venido la niña ya para quedarse, y para el baile de esta noche; a última hora siempre falta algo. Luego he ido a la modista, también para la niña; no la voy a llevar hecha

una facha; allí..., bueno, allí me entretuve un poquito de más; ¡ya ves que lo confieso!

SANT. Si no hace falta que confieses nada; no te estoy acusando de ningún crimen; no necesitas darme cuentas.

MERC. Es que yo te las quiero dar, para que veas. Luego fui a casa de unas amigas a elegir personaje para unos cuadros vivos que estamos preparando... No es por diversión, no; es para una fiesta que queremos dar para reunir fondos y pensionar a un chico...; si tú le conoces, el hijo del conserje de la fábrica, que tiene una voz preciosísima y queremos enviarle a Milán a que estudie. Ya veras: hacemos *El jardín del amor*, de Rubens, y *La gallina ciega*, de Goya... Es buena idea, ¿verdad? ¡Pobre muchacho! A mí se me ocurrió. ¡Más contento se va a poner cuando lo sepa! (*Se oye toser dentro.*) Por ahí anda mi padre.

SANT. Entonces yo me voy.

MERC. ¿También te molesta mi padre?

SANT. No, por cierto. Pero como soy hombre que me levanto al amanecer, no tengo nada que decirle a un señor que empieza la vida a las diez de la noche; nunca hemos visto el mundo a la misma luz.

MERC. (*Riendo.*) Oye..., ¿no te vas disgustado? (*El dice que no con la cabeza.*) Oye, que no me dejes toda la noche sola..., y que te diviertas, y que estés alegre..., ya sabes que no puedo verte preocupado.

SANT. No te apures, mujer; nos divertiremos por complacerte. (*Santiago sale. Ella se vuelve, a tiempo que entra por otra de las puertas Don Fernando; va vestido como para salir a la calle, de etiqueta, con abrigo de pieles y sombrero de copa.*)

MERC. Buenas noches, papá...; es decir, para ti buenos días, porque te acabarás de levantar.

FERN. Buenas noches, hijita... No tanto: ya he tomado mi baño, mi masaje...

- MERC. *(Riéndose.)* Tu desayuno...
- FERN. Búrlate de tu padre...; sí, señora, mi desayuno; he hecho mi media horita de gimnasia, he leído el periódico...
- MERC. Y ahora vas a la calle a disfrutar del fresco de la mañana.
- FERN. Pero, hija mía, ¿qué va a hacer de día por las calles un hombre que no tiene negocios?
- MERC. ¡Ay, papaito!, ¿no te da vergüenza?
- FERN. Tú tampoco madrugas demasiado.
- MERC. Me levanto a la hora de todo el mundo. ¿Cuánto tiempo hace que no has visto el sol?
- FERN. Desengáñate, hijita: de día no tropieza uno por ahí más que con gentes egoístas, que van siempre de prisa, que viven para sí, para sus asuntos, y no le hacen a uno maldito el caso. Ya ves aquí, y eso que no paso más que un mes con vosotros: tu marido, que es un burgués tremendo, en su trabajo; tú, en tus visitas, en tus trapos... Si no me quejo, es natural. Hasta que entra la noche no encuentra uno las gentes altruistas, hospitalarias, que consienten en vivir para uno, en acogerle con los brazos abiertos, en alegrarle a uno la vida.
- MERC. Tu dinero te cuesta.
- FERN. En eso sí que tienes razón... ¡El dinero! Ahora precisamente estoy en un apuro tremendo; es decir, yo no...; una chiquilla..., ¡un ángel!, a quien su familia explota indignamente.
- MERC. ¡Ay, papá, no me cuentes a mí esas cosas!
- FERN. Pero, hija, ¿qué te figuras? Es una protección desinteresada. ¡Pobre criatura! Si la vieras...
- MERC. Me la figuro.
- FERN. Te compadecerías de ella. Mira, hijita *(Haciéndole un mimo.)*, sé buena, y préstale a tu padre, que tan de veras te ha querido siempre, cuatro mil pesetas.
- MERC. ¡A buena parte vienes! Te iba a pedir yo a ti diez mil, que me hacen una falta...
- FERN. ¿A ti diez mil pesetas?

- MERC. (*Queriendo sonreír, pero apurada.*) Tremenda, como dices tú.
- FERN. Déjame que me ría.
- MERC. No te rías, que es muy serio.
- FERN. Pideselas a tu marido.
- MERC. ¡No, no!
- FERN. ¿Por qué?
- MERC. Porque no..., porque no me las daría...; y además, porque no.
- FERN. ¿Es que ahora ese... burgués se permite escatimar fondos a su señora?
- MERC. No, no es eso... ¡Ay, papá! Tú que tienes costumbre de estas cosas, búscame diez mil pesetas. ¿A ti qué trabajo te cuesta?
- FERN. Pero, hija mía...
- MERC. Mira que me hacen falta de verdad, de verdad...
- FERN. Me asustas, Mercedes. Vamos a ver: ¿qué has hecho? Mira que estás hablando con tu padre.
- MERC. ¿Y las encontrarás?
- FERN. Habla.
- MERC. Pues nada... Este verano... Una noche... Aquel Biárritz es tan aburrido..., y yo estaba tan sola...
- FERN. Sí; ¿qué, qué?
- MERC. Que en el Casino me acerqué un rato a la mesa de juego...
- FERN. (*Con embeleso.*) Y jugaste, y perdiste, y te prestaron, y ahora lo tienes que pagar.
- MERC. ¿Cómo lo sabes?
- FERN. Abrázame. ¡Pobre ángel mío! Se aburre, juega, pierde..., es natural...
- MERC. ¡Papá!
- FERN. La culpa la tiene tu marido..., sí, señor, tu marido, que deja que se aburra una mujer tan bonita. ¡Tu madre no se aburrió nunca, hija mía!
- MERC. ¡Pobre mamá!
- FERN. Bueno, ahora tengo prisa. Hasta mañana. No te apures..., es una niñería. (*Cogiendo varios cigarros habanos que hay sobre la mesa auxi-*

- liar.*) ¡Buena vida se da tu marido! (*Se guarda los cigarros.*) ¡Adiós! (*Entra Cecilia.*)
- CECIL. Mamá... (*Viendo a don Fernando.*) Buenas noches, abuelo.
- FERN. ¡Abuelo! Niña, esas verdades tristes se dicen más bajito.
- MERC. ¿Qué quieres?
- CECIL. Que ya ha venido gente, y todo el mundo pregunta por ti.
- MERC. Voy allá. (*Al pasar se mira al espejo.*) ¡Huy, qué cara tan sofocada tengo! (*Se da polvos delante del espejo y luego sale.*)
- FERN. Hasta luego entonces.
- CECIL. ¡Ah!, ¿pero no te quedas al baile? Mira que es en mi honor porque he salido del colegio.
- FERN. Imposible Tengo mucho que hacer.
- CECIL. ¿A estas horas? La noche es para descansar y para divertirse.
- FERN. Dichosa edad la tuya, en que sólo se piensa en diversiones; el deber es el deber, hijita. Vaya, hasta mañana..., a bailar..., que te están esperando. (*Sale.*)
- CECIL. ¡A bailar! ¡Ay, ya suena la música! ¿Estaré bien? Como es el primer día que voy de largo, casi no sé andar con la cola... (*Se mira en el espejo.*) ¡Si me viera sor María Jesús descotada!... ¡Ay, Dios mío! (*Va a salir y se detiene en la puerta.*) ¡Ángel de mi guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día! (*Vuelve a andar y tropieza en la puerta con Alfonso, Velasco y Mauricio, que entran del salón. Sale corriendo, un poco avergonzada, porque le han visto hacer la señal de la cruz.*)
- ALF. ¡Bonita chiquilla!
- MAUR. Y devota, a lo que parece. La hemos asustado.
- VEL. Es la hija de Mercedes.
- ALF. Me gustan las mujeres que rezan antes de ponerse a bailar... Señal de que le tienen miedo al diablo. Esas son las buenas; como caen con terror, aprietan al caer.

- VEL. Suponiendo que caigan.
ALF. Por supuesto.
VEL. Dichoso usted, que tiene tales seguridades.
ALF. Yo no aseguro que vayan a caer todas conmigo. Sería demasiada responsabilidad. (*A Mauricio, que se ha sentado aparte.*) Hombre, di algo.
- MAUR. (*Con mal humor.*) ¿Yo?
ALF. ¿Dónde has dejado a tu novia?
MAUR. Por ahí, en el salón... con sus amigas.
ALF. ¿Estáis de monos?
MAUR. Así parece.
ALF. ¿Y por qué?
MAUR. Ella lo sabrá...; tontadas... celos.
VEL. Sus motivos tendrá.
MAUR. Es que estas niñas se empeñan en que se ha de pasar uno la vida pegado a sus faldas.
ALF. Malos vientos soplan esta noche en el baile.
MAUR. Como tú eres el hombre feliz...
ALF. Casi, casi... por lo menos, sano. A estas horas no me duele nada, ni fuera ni dentro. (*Señalando al corazón.*)
- MAUR. ¿A ti no te ha importado nunca una mujer?
ALF. Ya lo creo; mucho y muchas veces...; ahora que casi siempre he tenido la suerte de importarles yo más a ellas.
- VEL. No le envidio a usted, amigo. La gran felicidad que da el amor es sentir que uno quiere de veras.
- ALF. La gran felicidad que da el amor es saber que alguien sufre por uno. ¡Qué bonitas están cuando lloran!
- MAUR. No discuta usted de mujeres con éste, que es el Tenorio de nuestro siglo. Debe tener pacto con el diablo.
- ALF. No tengo más que método, serenidad y constancia. A toda mujer que se presenta le hago el amor. Naturalmente, muchísimas me mandan a paseo, pero hay bastantes que me acogen con misericordia. Como voy sereno, el descalabro me importa poco—ya contaba con él—, y me

- quedo tranquilo... pérdidas y ganancias... sin el resquemor de que tal vez aquella a quien hubiese respetado fuera precisamente la que tenía ganas de que le faltase al respeto.
- MAUR. ¡Ja, ja! Está bien.
- VEL. Y entre todas esas... pérdidas y ganancias que usted dice, ¿ninguna le ha hecho a usted sufrir... sufrir de veras?
- ALF. Alguna. ¿A quién no le da un vértigo en la vida por firme que tenga la cabeza? Pero eso sí que no se lo perdono, no faltaría más... No hay derecho. A un hombre soy capaz de perdonarle... lo que sea; ¡pero mujer que me la hace, me la paga! (*Entra Mercedes con José María.*)
- VEL. ¡Oh, Mercedes!
- ALF. Mercedes.
- MAUR. Mercedes. (*Los tres se levantan y la rodean.*)
- VEL. Buenas noches, Mercedes.
- MAUR. Buenas noches.
- ALF. Salud. (*Le besa la mano.*)
- MERC. Buenas noches, señores. ¿Qué hacen ustedes aquí, tan escondidos?
- MAUR. Buscarla a usted.
- MERC. Sentados... bonita manera.
- MAUR. Usted no sabe las vueltas que hemos dado por el salón inútilmente.
- ALF. Hasta que yo he dicho: señores, esta mujer cruel es un fuego fatuo; no hay como seguirla para no alcanzarla. Vamos a esperarla sentados, que ella caerá.
- MERC. (*Protestando.*) ¿Eh?
- ALF. Perdón; he querido decir ella pasará.
- MERC. (*Queriendo marcharse.*) Y sigo pasando.
- MAUR. ¿Así nos abandona usted?
- MERC. ¿Tienen ustedes más que seguirme?
- ALF. Siéntese usted aquí con nosotros siquiera dos minutos.
- MERC. No sé cuánta gente me está esperando.
- VEL. Sacrifique usted un poco la impaciencia de los indiferentes en favor de tres buenos amigos.

- MERC. ¡No, no; vámonos, niño! A propósito: ¿qué les parece a ustedes mi hijo? ¡La sorpresa más grande de mi vida! Creí que tenía un bebé y me encuentro con un ingeniero. ¡En cuatro años de ausencia! ¿Qué les darán en Bélgica a los muchachos para que crezcan de ese modo? Acompáñenme ustedes en el sentimiento. *(Todos se ríen.)* Sí, sí, ríanse ustedes; ha sonado mi hora: me retiro del mundo. Con un hijo de este tamaño no hay coquetería posible. *(A Velasco.)* Alégrese usted, amigo; ¡desde esta noche somos contemporáneos!
- VEL. Con lo cual yo me quito no sé cuántos años de encima, y me quedo en edad a propósito para hacer por usted unas cuantas locuras.
- MAUR. En eso de locuras me llamo a la parte.
- MERC. Silencio, niño; ya sabe usted que en mi presencia está prohibido hablar de ciertas cosas antes de haber cumplido los sesenta.
- MAUR. Pues va a ser un poco difícil obedecerla a usted, porque esta noche está usted demasiado bonita, y eso es caso de fuerza mayor.
- MERC. Lo que tiene usted que hacer ahora mismo es irse a bailar con su novia.
- MAUR. ¡Déjeme usted olvidar que la tengo!
- MERC. ¿Cómo se entiende? Andandito, andandito. *(Entra por el fondo Anita.)* Digo, y me parece que ya le están a usted buscando. *(A Anita.)* Aquí, niña, aquí está el tesoro perdido.
- MAUR. *(Con mal humor.)* ¡Qué oportunidad!
- ANITA. *(Con retintín, a Mercedes.)* Tantas gracias, señora. Ya sabía yo que había de encontrarle en buena compañía. *(Mauricio se acerca a Anita y se separa con ella del grupo.)*
- MERC. *(Con cariño a Anita.)* Guárdale bien, que los hombres son malas personas. *(A José María.)* ¿Qué haces tú que no hablas? Dí algo.
- J. MAR. Te oigo hablar a ti.
- MERC. ¡Bonita manera de llamar charlatana a tu madre! *(Siguen hablando.)*
- MAUR. *(Con mal humor, contestando a una pregunta)*

- de Anita.) ¿Dónde había de estar? Buscándote.*
- ANITA. Mucho tiempo has tardado en encontrarme.
- MAUR. Es que como sabía que iba a encontrarte de mal humor, no me he dado prisa.
- ANITA. Ya. ¡Y como has encontrado en el camino un obstáculo irresistible!
- MAUR. ¿Quieres bailar o quieres reñir?
- ANITA. Me es indiferente.
- MAUR. Pues bailemos, que es menos aburrido. *(Salen juntos.)*
- MERC. *(A su hijo.)* Anda tú también a buscar pareja, que las niñas se quejan si no bailan.
- ALF. *(A Mercedes.)* Y usted... ¿no me hará el supremo favor de concederme un vals?
- MERC. ¿Supremo nada menos?
- ALF. ¿No dice usted que esta noche se retira del mundo? Ya ve usted si el último vals es una cosa grave. ¡Casi un testamento!
- MERC. Vamos allá. *(Todos van a salir; pero cuando han llegado a la puerta, Alfonso, separándose bruscamente de Mercedes, vuelve al primer término; naturalmente, ella se detiene, y Velasco y José María, que ya estaban en la puerta, salen y se alejan.)*
- ALF. *(Al separarse de Mercedes.)* Perdón... creo que olvida usted el abanico.
- MERC. *(Con ingenuidad.)* No, si le tengo aquí.
- ALF. *(Acercándose a ella.)* Ya lo sé.
- MERC. *(Sin comprender.)* ¿Cómo?
- ALF. *(Mirando hacia la puerta del fondo.)* No se asombre usted. Esto ha sido un ardid, harto inocente, para conseguir que nos dejasen solos. *(Alfonso dice toda la primera parte de esta escena con un tono de broma amable y galante.)*
- MERC. *(Con desabrimiento.)* Inocente e inútil. ¿No íbamos a bailar? ¿Qué más soledad quiere usted?
- ALF. Perdón... Lo que entre usted y yo tiene que resolverse esta noche es demasiado grave para tratado en unas vueltas de vals.
- MERC. *(Sonriendo sin ganas.)* Me asusta usted.

- ALF. ¡Ojalá! Señora mía, tiene razón ese niño gótico: ¡esta noche está usted demasiado bonita!
- MERC. ¡Ja, ja, ja! ¿Es eso lo que no puede usted decirme bailando?
- ALF. ¡Bonita como nunca! Tiene usted en los ojos una luz inquietante, en la voz una música extraña...; en fin, señora mía y dueña: ha llegado el momento psicológico de que este pobre hombre acabe de volverse loco por usted.
- MERC. ¡Ja, ja, ja!
- ALF. No se ría usted, que es de veras.
- MERC. Vamos a bailar y déjese usted de locuras.
- ALF. Hoy no se baila.
- MERC. (*Queriendo echarlo a broma.*) Ah, vamos...
- ALF. ¡Hoy se dice, de una vez para siempre, que sí o que no!
- MERC. (*Con ligero desabrimiento y ya un poco inquieta.*) ¿De una vez para siempre?
- ALF. ¡Y en serio!
- MERC. (*Mirándole fijamente.*) ¿Ah, en serio? ¡Pues en serio: que no! (*Se aparta de él.*)
- ALF. (*Fingiendo grandísima emoción.*) ¡Oh, Mercedes!
- MERC. (*Dando por terminado el incidente.*) ¿Bailamos?
- ALF. ¡Señora mía, conmigo no tiene usted derecho a ser tan cruel!
- MERC. Amigo mío, con usted y con todos tengo derecho perfectísimo a ser mujer honrada.
- ALF. ¡Bah, eso es muy aburrido!
- MERC. Va en gustos.
- ALF. Precisamente: y usted le tiene demasiado exquisito para contentarse con el cielo azul de una dicha casera, sin pena ni gloria.
- MERC. (*Con dignidad.*) A mí me basta; soy muy burguesa, amigo; el cielo azul me encanta y el pan casero me sabe a gloria.
- ALF. Ya será algo menos.
- MERC. O algo más. ¡Me gusta la osadía! ¿Usted qué sabe?
- ALF. Señora mía, conocemos el corazón humano y

femenino, que es como decir humano siete veces. Aquí (*Llevándose la mano al corazón y hablando con voz emocionada.*) se la comprende a usted porque se la quiere, sí, señora... desatinadamente... A pesar de todos sus alardes de felicidad, no es usted feliz.

- MERC. (*Un poco ofendida.*) ¡Ah!, ¿usted cree...?
 ALF. (*Con seriedad.*) ¡Pondría la vida!
 MERC. ¿Me ha visto usted llorar alguna vez?
 ALF. ¡La he oído a usted reír demasiadas!
 MERC. ¡Ja, ja, ja! ¡Tiene gracia!
 ALF. ¡Sí, señora mía, reír! Reír por todo y a todas horas, con motivo y sin él, a tiempo y a destiempo. ¡Si viera usted, Mercedes, cuántas veces, a los que la queremos a usted, nos duele aquí dentro esa risa!
- MERC. (*Intrigada.*) ¿Por qué?
 ALF. Porque es como el cantar de los chiquillos cuando tienen miedo... Su corazón de usted le tiene miedo a su propia inquietud, y para no enterarse de que está muy triste, hace mucho ruido.
- MERC. (*Francamente.*) ¡Ja, ja, ja!
 ALF. (*Un poco desconcertado.*) ¿De qué se ríe usted?
- MERC. (*Sin dejar de reír.*) ¡De usted!... No..., usted perdone...; de usted, no..., de eso... ¡Yo, yo profundamente triste... y tantísimos años sin enterarme! ¡Ja, ja ja! Y usted tiempos y tiempos compadeciéndome, y hasta queriéndome consolar... ¡Qué pena! ¡Si que estaría bien la situación para una novelita francesa! ¡Lo malo es que yo soy española, y persona decente, y no lo puedo remediar, amigo: ni traducida ni sin traducir siento la poesía del adulterio!
- ALF. (*Despechado y perdiendo un momento la corrección.*) Naturalmente... le basta a usted con la del flirt...
- MERC. (*Con firmeza.*) ¿Por qué dice usted eso?
 ALF. Señora mía, es un juego cruel y peligroso. ¿Va usted a decirme ¡a mí! que una mujer, tan mu-

jer como usted, no se da cuenta de que un hombre la quiere?... Muy divertido; ¿no? ¡Se sonríe, se calla, se comprende, se acepta el homenaje! ¡A este hombre le tengo vuelto el juicio! (*Afectando hondísima amargura.*) Eso siempre hace bien con las amigas.

MERC. (*Un poco desconcertada.*) ¡No sé qué quiere usted decir!

ALF. ¡Oh, historia eterna! El hombre ha puesto en ella lo mejor de sí mismo, y se encuentra con que lo que fué para él un pedazo de vida, es para la señora un juego de salón.

MERC. (*Que no sabe qué decir.*) Pero... usted...

ALF. La burla es demasiado sangrienta... ¡y el hombre no es un santo!

MERC. ¡Me está usted ofendiendo mortalmente! ¿Cómo ha podido usted creer de mí... cuándo le he dado yo motivo...?

ALF. ¡Eramos tan amigos, señora mía!

MERC. Pero...

ALF. ¡Y era usted tan amable!

MERC. (*Con ira.*) ¡Tan amable! ¿Y por eso...? Tan amable, es claro... por educación, por buen gusto. ¡Porque no puedo ver a mi lado una cara triste! ¿Y esto es dar esperanzas, prometer? ¡Pero entonces no es posible la vida! Y además, ¿qué culpa tiene una mujer decente de que un hombre, que acaso no lo es tanto, se dé el capricho de morir por ella? ¡Lucidas estaríamos si hubiese que tomar por lo trágico cada tontería de estos caballeros! ¡Ustedes nos ofenden cuando quieren, nos burlan cuando pueden... nosotras nos reímos de ustedes cuando nos da la realísima gana! ¡Estamos en paz! ¡Buenas noches!

ALF. (*Con abatimiento.*) ¿Así se marcha usted?

MERC. (*Un poco arrepentida de su violencia, al ver el abatimiento de él.*) ¡Creo que no nos queda más que decir!

ALF. A mí me falta pedirle a usted perdón. He pecado, no de presuntuoso, sino de impaciente...

La pasión... aunque usted no crea en ella, cubre la multitud de los pecados... Espero que quedamos amigos.

MERC. ¿Por qué no? Amigo es todo el mundo. (*Muy seria.*) Y a propósito: ya que es hora de cuentas, no piense usted que olvido una, ya un poco antigua, que yo creí sencillamente de amistad, y que por eso he descuidado un tanto. Mañana mismo enviaré a usted las diez mil pesetas que tuvo la amabilidad de prestarme.

ALF. Ahora es usted la que me ofende; puede usted creer, por mi honor, que no recordaba esa deuda.

MERC. ¡La recordaba yo, y es bastante! ¡Muy buenas noches! (*Sale sin mirarlo.*)

ALF. ¡Siempre a sus órdenes! (*Cuando Mercedes ha salido, hace un gesto de vivísima contrariedad, en el cual tiene mucha más parte el despecho que el sentimiento; pasea un momento de un lado para otro, nerviosamente.*) ¡Está bien! (*Luego sale también vivamente y se cruza en la puerta del fondo, sin reparar en ellas, con Cecilia, Anita y Marta, que entran cogidas de la mano. Anita trae cara de marcadisimo mal humor. Marta es risueña y burlesca. Al cruzarse con Alfonso, que no repara en ellas, se le queda mirando y Marta se echa a reír.*)

MART. ¡Ja, ja, ja!

CECIL. (*Ingenualmente.*) ¿De qué te ries?

MART. De la cara de rabia que lleva don Alfonso el Conquistador.

CECIL. (*Que no comprende.*) ¿Quién?

MART. El señor don Alfonso de Heredia... ese caballero tan "chic", que sale sin dignarse reparar en nosotras. Mirale bien, que es bicho curioso... ¡El terror de los mares y de los maridos! ¡Don Juan, Byron y el diablo, todo en una pieza! Seductor, burlador, impenitente, cínico. (*Cecilia abre unos ojos asustadísimos.*) ¿Tú has leído las aléluyas del hombre malo? Pues lo mismo, con una diferencia: el hombre malo

juega y pierde, y éste dicen que juega y siempre gana. Pero lo que es hoy, por la cara que lleva, le debe haber salido mal la cuenta. *(Se rie.)*

ANITA. *(Que ha ido a sentarse a un rincón.)* ¡Me alegro!

CÉCIL. *(Ingenuamente.)* ¿Por qué?

ANITA. ¡Porque es hombre! ¡Que sufra! ¡Alguna vez les ha de tocar a ellos!

CECIL. ¿Por qué dices eso?

ANITA. ¡Porque sí! ¡Que rabie, que padezca! ¡Ay, señor! ¿Por qué habrá hombres en el mundo, y por qué seremos tan tontas las mujeres que les hagamos caso? Por más que no tienen ellos la culpa... la tienen ellas, ellas, las otras...

MART. *(Riéndose.)* Tú te lo dices todo.

ANITA. *(Rompiendo el pañuelo.)* ¿Por qué les gustarán tanto a los hombres las mujeres casadas?

MART. *(Muy convencida.)* ¡Porque ya no se tienen que casar con ellas!

CECIL. *(A Marta, por Anita, sinceramente alarmada.)* Pero ¿qué le pasa?

MART. ¿Qué le va a pasar? Que es tonta de remate, y que se ha enamorado de su novio, como si no hubiera cosa mejor que hacer, y que él es un ganso de lo más selecto y está loco por... *(Se detiene bruscamente.)*

CECIL. *(Con curiosidad, pero sencillamente.)* ¿Por quién?

MART. Por una señora. Tú no la conoces.

ANITA. *(Acercándose a la puerta.)* ¡Estará bailando con ella, como si lo viera! ¡Y ella, que es lo que más rabia me da, riéndose de él!

MART. ¡A ver! ¡Si la divierte! *(A Cecilia, confidencialmente.)* ¡Hace bien! Los hombres son muy tontos. *(Reflexionando.)* O muy listos... no sé... les gustan las mujeres que saben, y no nosotras, que somos unas pavas...; en fin, hija, un lío...; cualquiera lo entiende. No hay más que reírse de todo y esperar; ya nos casaremos

y aprenderemos, y nos llegará la hora de divertirnos.

ANITA. Pero entretanto... (A Cecilia.) Ya verás, ya verás si te enamoras, y aunque no te enamores. Este es un baile blanco, dicen que en tu honor, porque acabas de salir del colegio. ¿Cuántas veces te han sacado a bailar? ¿A quién 'e ha presentado tu mamáita? ¡Pues este baile blanco va a ser tu vida entera, mientras tu mamáita no tenga canas!

MART. ¡Ay, hija, qué ganas de quitar ilusiones! No hagas caso. Los muchachos se van con las señoras; pero los caballeros de cierta edad se pereren por bailar con las niñas; vente conmigo, que no te ha de faltar pareja. (A Anita.) ¿Y tú, piensas pasarte la noche haciendo el ridículo? ¡Al baile, al baile! (Van a salir las tres cuando Alfonso aparece por el fondo; lleva el abrigo al brazo para marcharse, y al pronto no las ve.)

CECIL. (Parándose al ver a Alfonso.) ¡Ah!

MART. ¿Qué?

CECIL. Ese señor... que vuelve.

MART. Es que se marcha. ¿No lo dije? De seguro le ha pasado algo gordo.

CECIL. (Con ingenuidad.) ¡Pobrecillo!

MART. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué pava eres! (Alfonso, al oír las risas, se vuelve y las mira.)

CECIL. (Con susto.) ¡Ay! ¡Nos ha oído!

ALF. Muy buenas noches, señoras mías. Divertido está el tiempo.

ANITA. Se hace lo que se puede para pasar el rato.

MART. En cambio, usted se marcha de aburrido que está.

ALF. Me marchaba, en efecto; pero he cambiado de intención. (Deja rápidamente el abrigo y el sombrero, se acerca a Cecilia, y le dice:) Señorita, ¿quiere usted hacerme el honor de bailar conmigo?

CECIL. (Con susto y satisfacción a un tiempo.) ¡Yo!

ALF. ¡Sí, señora, usted! Aunque no estemos hoy

oficialmente presentados, nos hemos visto muchas veces... siempre que usted ha venido a su casa en vacaciones. Soy amigo antiguo. (*Anita y Marta se separan de ellos y se quedan oyendo junto a la puerta.*)

CECIL. (*Serenándose un poco.*) No recuerdo.

ALF. Una mujer bonita no tiene obligación de acordarse de nada...; siempre hay quien se acuerde por ella... y de ella. ¿Vamos?

CECIL. Es que yo... casi no sé bailar.

ALF. (*Ofreciéndole el brazo, que ella acepta sin saber lo que hace.*) ¡Bah! Conmigo irá usted aprendiendo.

MART. ¡Ja, ja, ja! ¡Un flechazo!

ANITA. ¿Pero no decían... que a la madre también?... ¡Válgame Dios...: el mundo es un presidio suelto! (*Salen Anita y Maria. Alfonso y Cecilia, del brazo, se dirigen también hacia el fondo.*)

ALF. (*A Cecilia.*) ¡Qué ojos tan bonitos y tan serenos tiene usted! ¡Dan ganas de ser santo mirándolos! (*Siguen andando.*)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el primero. Son próximamente las seis de la tarde.

(*Al levantarse el telón están en escena Cecilia y don Fernando. Cecilia termina de tocar al piano un preludio de Bach. Don Fernando, en traje de mañana, está confortablemente instalado en un sillón y fumando, aunque medio dormido.*)

CECIL. (*Sin levantarse del piano, pero volviendo un poco la cabeza.*) ¿Te gusta? Es bonito, ¿verdad?

- FERN. (*Despertando sobresaltado.*) ¿Eh?... sí... mucho. ¡Eres una gran pianista!
- CECIL. (*Sonríe.*) ¿Te habías dormido?
- FERN. No, hijita. Es que este Wagner... (*Al notar la sonrisa de ella.*) Era Wagner, ¿no?
- CECIL. (*Sonriendo.*) Bach.
- FERN. Da lo mismo. Esta música clásica, a los que ya no somos jóvenes nos pone un poco tristes... soñadores... Los recuerdos, hijita, los recuerdos, que cuando se ha vivido mucho siempre son, por lo menos (*Bosteza.*), melancólicos.
- CECIL. No debe ser eso; porque a mi, que soy joven, también algunas veces me pone triste la música. Como no sean recuerdos de cosas que no le han sucedido a una nunca, o anuncios de tristezas que le tienen a una que suceder... No sé...
- FERN. ¿Qué te pasa?
- CECIL. A mí, nada. ¿Por qué?
- FERN. Porque me sorprenden esas reflexiones profundas en una dama de diez y ocho abriles, que acaba de vestirse de largo.
- CECIL. Será que tengo sueño. Como ayer, con el baile, nos acostamos tarde, y yo por las mañanas no puedo dormir...
- FERN. (*Con asombro sincero.*) ¿No?
- CECIL. La costumbre, ya ves: en el colegio nos levantábamos a las seis y media.
- FERN. (*Con espanto.*) ¿De la mañana?
- CECIL. Claro.
- FERN. ¡Pero eso es un absurdo contra naturaleza! ¡Un tormento de la Inquisición! ¡Y los padres encerramos a nuestras hijas, sin pensar, en semejantes antros! Pero, hijita mía, ¡allí sí que estaréis muertas de sueño!
- CECIL. No, porque a las nueve ya estamos en la cama.
- FERN. ¡Es una idea! Y vamos a ver: ¿qué has podido hacer tú en esta casa, desde esa hora inverosímil?
- CECIL. Ya ves, nada... Aburrirme. Papá y José María se fueron a las nueve a la fábrica; mamá hasta

las once no despertó, y luego tuvo que escribir sus cartas; y después de almorzar, papá y José María se han encerrado a trabajar en el despacho, y mamá se ha marchado a unos ensayos de una comedia o de unos cuadros vivos... no sé. Aquí he estado leyendo y estudiando el piano hasta que tú has salido. *(Pausa. Con interés.)* Oye, ¿tú conoces a un señor que se llama don Alfonso de Heredia?

- FERN. Sí, le conozco, sí. ¿Por qué?
- CECIL. *(Disimulando.)* Por nada. Porque ayer bailó conmigo. ¿Es verdad que es tan malo como dicen?
- FERN. *(Con indiferencia.)* ¿Ah, dicen?
- CECIL. Sí.
- FERN. ¿Quién?
- CECIL. Todos... mis amigas...
- FERN. *(Sin darle importancia.)* No creo... por más que puede... Simpático sí es.
- CECIL. *(Con emoción mal disimulada.)* ¿Verdad? *(Levantándose de prisa y acercándose al balcón.)* ¡Ay, un coche! *(Con alegría.)* Es mamá... pero viene con otra señora... ¡Ah, es la modista! *(Yendo hacia la puerta.)* ¡Voy! *(Deteniéndose.)* ¿Te quedas tú aquí? ¿Quieres algo?
- FERN. No. Anda, anda.
- CECIL. Puede que ya no vuelva a salir esta tarde, ¡y entonces sí que vamos a pasarlo bien las dos juntas! *(Va a salir, pero entra Mercedes. Viene en traje de calle, con el sombrero aún puesto.)* ¡Ay, madre, qué gana tenía de que vinieras ya!
- MERC. *(Abrazando a su hija con cariño, pero sin reparar demasiado en ella.)* ¿Te has aburrido mucho? ¡Hija, esta vida mía, siempre corriendo! ¿Qué has hecho? *(Viendo el piano abierto.)* ¿Estudiar el piano? Así me gusta. *(Viendo a su padre.)* ¡Ah, estabas con tu abuelo! Menos mal. *(Se quita, mientras habla, los guantes y el sombrero. Cecilia la ayuda.)* Gracias. *(Se*

- CECIL. *sienta.)* Vengo muerta. ¡Tres horas ensayando!
 ¿Quieres que te traiga una taza de te?
 MERC. Sí; díselo a Manuela. Tú sube a mi cuarto,
 que está esperando la modista para probarte
 no sé cuántas cosas. Ya verás, ya verás.
 CECIL. ¿No subes tú?
 MERC. Sí, ahora. *(Sale Cecilia llevándose el sombrero
 de su madre. Mercedes se levanta, y acercán-
 dose a su padre, habla nerviosamente.)* Me ale-
 gro de que estés aquí; tengo que hablar con-
 contigo, en serio; de lo de anoche, ¿sabes?
 FERN. *(Haciéndose el desentendido.)* ¿De lo de ano-
 che?
 MERC. Sí, de las diez mil pesetas que me hacen falta.
 FERN. Ah, ¿pero no quedamos en que ibas a pedir-
 selas a tu marido?
 MERC. No.
 FERN. Yo creí...
 MERC. ¡No, no! No puede ser. Figúrate el disgusto,
 la escena... Imposible. En cuestiones de dinero,
 Santiago no se aviene a razones... dice que
 soy muy loca. Y lo que es esta vez tiene razón.
 Y tengo que devolverlas hoy, hoy mismo sin
 falta.
 FERN. Pero ¿por qué hoy mismo?
 MERC. *(Con un poco de impaciencia.)* ¡Porque sí! ¡Y
 no tengo un céntimo! ¡Yo no sé qué le pasa al
 dinero, que siempre se me va de entre las ma-
 nos!
 FERN. Es su condición natural.
 MERC. ¡Ay, Dios mío!
 FERN. Pero, hija, eres absurda o yo he perdido el
 juicio. ¿Qué usurero fantástico es el tuyo, que
 a la mujer de un fabricante rico, responsable
 por los cuatro costados, no puede renovarle un
 pagaré de diez mil miserables pesetas? ¿Quie-
 res que vaya yo a tratar con él y en media
 hora lo arreglo?
 MERC. No.
 FERN. ¿Por qué?
 MERC. Porque no es un usurero. Es un amigo.

- FERN. *(Con alarma.)* ¡Un amigo!
- MERC. Sí.
- FERN. Pero... un amigo... ¿cómo?
- MERC. Como todos... Un amigo... Cualquiera... uno que estaba allí cuando perdí el dinero.
- FERN. ¿Y ahora te lo reclama? Poco caballeroso es el procedimiento. Un hombre de honor no se acuerda nunca del dinero que presta a una señora. *(Suspirando.)* Por más que hay ocasiones... sí, la necesidad obliga a veces a la más cruel indelicadeza... lo sé. ¿Y no puede esperar, real y efectivamente?
- MERC. Soy yo la que no quiere que espere un día más.
- FERN. *(Con asombro.)* ¿Y a ti qué te importa?
- MERC. Sí me importa. Antes no me importaba... es decir, devolvérselo, claro es que pensaba... cuando pudiera... pero ahora sí; ahora no puedo deberle ese dinero ni un día más... no puedo... me parece una afrenta, una complicidad. Puede que tú no lo comprendas, porque no eres mujer.
- FERN. *(Comprendiendo.)* ¿Una complicidad? ¿Debo entender que ese caballero se ha permitido hacerte el amor?
- MERC. *(Con el gesto.)* Sí.
- FERN. Es un saldo como otro cualquiera.
- MERC. ¿Qué dices?
- FERN. Nada, una reflexión sin importancia. Efectivamente, hija mía. Comprendo tu impaciencia. La situación, sin llegar a grave, es... desapacible.
- MERC. ¿Lo ves?
- FERN. Y como en la sociedad conyugal las cuestiones desagradables son de la exclusiva incumbencia del marido, insisto en que a tu marido debes acudir.
- MERC. *(Con desilusión.)* ¿Eso es todo lo que se te ocurre?
- FERN. Sí, hija, sí. Tú se lo confiesas; él, naturalmente, se altera un poco; tenéis una escena... movidita; tú echas cuatro lágrimas; él se con-

- mueve, hacéis las paces, ¡cosa más dulce!, y aquí no ha pasado nada.
- MERC. No puede ser.
- FERN. Y como al firmar una paces se suelen dar arras, si pudieras sacarme las cuatro mil de que hablamos anoche... Hijita... (*Acariciándola.*) me harías un servicio tremendo.
- MERC. ¡Ay, si yo fuera hombre, ya sabría cómo encontrar el dinero!
- FERN. ¡Pero, hija de mi vida, si es mucho más cómodo ser mujer y tener un marido a quien pedirselo! (*Entra Santiago. Al ver a su suegro, hace un gesto de desagrado, que procura disimular; su suegro, al verle a él, hace otro, que no disimula. A mitad de la escena anterior ha entrado Manuela con servicio de te, y sin hablar le deja sobre una mesita y sale.*) ¡Hombre rico y feliz, buenos días!
- SANT. (*Secamente.*) Buenas tardes.
- FERN. ¿Tardes? Me da lo mismo. Como más te agrade.
- SANT. (*Paseando con impaciencia.*) Las cosas no son ni dejan de ser porque a uno le agraden o dejen de agradarle.
- FERN. ¡Desgraciadamente! ¡No tiene uno derecho ni a soñar que vive en la hora que más le conviene! ¡Tienes razón, como siempre, hombre rico!
- SANT. (*Sin disimular ya el mal humor.*) Eso de siempre es mucho asegurar.
- FERN. Si no te lo digo en son de elogio. El tener razón siempre no es virtud, ni siquiera ventaja, puesto que el mundo está rematadamente loco.
- SANT. ¡Así lo han puesto ustedes, los... soñadores!
- MERC. (*Interviniendo amistosamente.*) ¿No queréis una taza de te?
- FERN. Gracias, hijita. Voy a mi habitación a cambiar de ropa, porque es inadmisible continuar en traje de mañana cuando un hombre de orden se ha dignado advertirnos que ha llegado la hora de la ropa negra. ¡Adiós, burgués feliz!

(A Mercedes, al pasar.) Llegó el momento fatal. Valor y buena suerte, hija mía.

SANT. ¿Qué te ha dicho tu padre al salir?

MERC. Nada, bromas tuyas, de siempre. ¿Tampoco tú quieres una taza de te?

SANT. Quiero que hablemos un momento... en serio.

MERC. (Con leve inquietud.) ¿De qué?

SANT. (Echando sobre la mesa un puñado de papeles.) Toma.

MERC. ¿Qué es esto?

SANT. Míralo.

MERC. (Cogiendo los papeles y mirándolos.) ¡Facturas!

SANT. Sí, facturas tuyas, que me han ido mandando a cobrar a mí, sin duda en vista de que tú no pensabas pagarlas.

MERC. Yo... (Muy confusa, va a dejar las facturas sobre la mesa.)

SANT. Léelas... es preciso que te enteres. Tú que has hecho las compras eres la única que puedes saber si están bien los precios.

MERC. Esta... es de la modista.

SANT. Que por cierto no es la misma de siempre.

MERC. (Muy de prisa.) No, ésta es otra que me hizo unas cosillas extraordinarias, una vez que la mía estaba enferma y me corrían prisa.

SANT. (Sencillamente.) Dos mil pesetas.

MERC. ¡No es posible!

SANT. (Con seriedad.) Mira bien... comprueba.

MERC. (Lee con apuro casi infantil, y bajando cada vez más la voz.) Hechura de un traje princesa... sesenta y cinco...; piel de seda, a cincuenta pesetas el metro...; ocho metros, cuatrocientas...; túnica tul bordado...; trescientas...; avíos...; veinticinco. (Protestando.) ¡Avíos, veinticinco! ¡Esta mujer se ha vuelto loca!

SANT. ¡Sigue!

MERC. Blusa encaje, trescientas. (Con inconsciencia.) Bueno, ésta no es muy cara, porque es de Irlanda. (Mira a su marido y, confusa, baja la cabeza.)

- SANT. Sigue.
 MERC. (*Con esfuerzo.*) Blusa batista y valencienas, ciento...; echarpe, ciento cincuenta...; estola, quinientas. (*Ya casi sin voz.*) Dos peinadores..., reforma de una bata..., camiseta de tul... (*Deja caer la cuenta con desaliento.*)
- SANT. ¿Está bien?
 MERC. (*Muy bajo.*) Está bien.
 SANT. (*Dándole otra factura.*) Otra.
 MERC. Perfumería...
 SANT. Sí, trescientas sesenta. (*Le da otra.*) Tienda de flores. (*Ya con un poco de impaciencia.*) ¡Novecientas!
- MERC. (*Disculpándose.*) Es que... (*Casi llorando.*) Se han renovado todas las plantas del salón. (*Deja la factura, y coge otra, antes de que Santiago se la dé.*)
- SANT. Joyería..., setecientas.
 MERC. (*Leyendo.*) Alfiler de corbata. (*Como quien hace un descubrimiento agradable.*) El que te regalé el día de tu santo.
- SANT. (*Sonriendo, con ironía suave.*) ¡Gracias!
 MERC. (*Viendo que no se acaban los papeles, con angustia.*) ¿Aún hay más?
- SANT. (*Apresuradamente, echando, a medida que habla, los papeles sobre la mesa.*) Sí, hija, sí: de la confitería, por servicio de no sé qué tes o chocolates, cuatrocientas...; del tapicero, seiscientas veinticinco...; del zapatero, doscientas cincuenta...; de unas porcelanitas, setecientas...; de una jaula, setenta...; de papeles de música, cincuenta...; de un cesto de labor (*Con burla.*), ¡cuarenta y cinco! (*Ella, sin responderle nada, se echa a llorar desesperadamente.*) No llores. (*Con un poco de violencia.*) ¡Las cuentas no se arreglan llorando! Suma. (*Ella sigue llorando.*) Suma, te digo. (*Arranca una hoja de un cuadernito y se la pone delante con un lápiz.*) ¡Toma! (*Ella lee, él dicta y ella va escribiendo, sin saber lo que hace*) Dos mil..., trescientas sesenta..., novecientas...

setecientas..., cuatrocientas..., seiscientas veinticinco..., doscientas cincuenta..., setecientas..., setenta..., cincuenta..., cuarenta y cinco. (*Ella se le queda mirando.*) No hay más..., suma, te digo... ¿Está ya?

MERC. (*Que ha intentado sumar, pero no acierta.*) No sé...

SANT. ¿No sabes sumar?

MERC. No puedo. (*Con ingenuidad.*) ¿No lo has sumado tú?

SANT. (*Casi con violencia.*) Sí, por cierto... ahí lo tienes... Seis mil cien pesetas.

MERC. (*Con espanto.*) ¿Seis mil cien?

SANT. Sí, hija mía, y aún no hace mes y medio pagué otras cuatro mil por cosas semejantes, y anteayer te he dado quinientas para saldar atrasos de tu cuenta del gasto de casa. Tú dirás dónde vamos a parar a este paso.

MERC. ¿Te enfadas?

SANT. ¿Te sorprende?

MERC. ¡Conmigo!

SANT. ¡Con tu imprevisión, con tu desorden, con tu falta de juicio!

MERC. (*Humildemente.*) Pero si yo...

SANT. (*Con severidad cariñosa.*) Mira, Mercedes, ya no eres una niña.

MERC. (*Con un mohín de coquetería.*) Ya lo sé.

SANT. (*Con mal humor.*) ¡Pero se te olvida! (*Arrepintiéndose de su violencia, y volviendo al tono suave.*) Oyeme bien: es preciso que aprendas..., que te decidas a poner en tu vida un poco de método. (*Ella frunce el ceño.*) ¡Ya sé qué estás pensando!

MERC. ¡Yo!

SANT. (*Dolido.*) Sí. Piensas, como tu padre, que soy el hombre de la línea recta, que tengo la manía del orden, y no es eso. Es que no somos ricos, Mercedes, y tú no te quieres dar cuenta. No ves más que dinero, mucho dinero, que pasa por mis manos; pero no es mío.

MERC. (*Con asombro sincero.*) ¿No?

- SANT. Es de todos los que trabajan para mí, bajo mis órdenes. Una industria, una fábrica, es una inmensa responsabilidad... Hay muchas vidas que dependen de este método mío que a ti tanto te asombra; hay cientos de familias que tienen el pan, óyelo bien, ¡el pan!, entre mis manos. La vida es muy difícil, Mercedes, cada día más; la competencia es grande, las primeras materias cuestan caras, las máquinas también... ¡no podemos seguir gastando así!
- MERC. (*Sinceramente apurada.*) ¡Me asustas! ¿De veras, de veras estamos tan mal?
- SANT. (*Con impaciencia.*) No estamos mal.
- MERC. Entonces.
- SANT. ¡Pero lo estaremos! Para sostener este gasto sin tino hace falta un esfuerzo terrible. Yo he trabajado mucho, pero estoy cansado (*Ella le mira con cariño.*), muy cansado. ¿No te fatiga a ti también un poco esa vida que llevas, ese movimiento continuo, ese ruido, esa prisa sin motivo ni fundamento? ¿No sientes la necesidad de pararte un instante, y de hacer cuentas, no sólo de dinero, de toda la vida? ¿No te piden el cuerpo y el alma un poco de quietud y de silencio? ¿Qué buscas, qué piensas encontrar en ese vértigo?
- MERC. Nada... no sé... es que soy así, que siempre he vivido lo mismo... Ya ves, desde niña, sin madre, corriendo con mi padre por todas las playas, todos los casinos, todos los hoteles de Europa. ¡Creo que se me ha quedado en la sangre la prisa del tren!
- SANT. (*Con piedad.*) Pero ¿de veras, de veras te diviertes con todo ese barullo incomprensible?
- MERC. (*Con absoluta sinceridad.*) ¡Hijo, me aburro desesperadamente!
- SANT. Entonces, ¿por qué sigues?
- MERC. (*Casi con desconsuelo.*) Por lo mismo... ¡a ver si me divierto! ¿Por qué te pones serio? ¿En qué piensas?

- SANT. (*Tristemente.*) En lo muy poco que yo he significado para ti en la vida.
- MERC. (*Sinceramente dolida.*) ¿Por qué dices eso?
- SANT. Por nada.
- MERC. (*Levantándose y acercándose a él, con apasionamiento.*) Sí, ¿por qué dices eso? ¿Qué te he hecho yo para que pienses que no eres para mí lo primero del mundo? ¿Para quién vivo más que para ti? ¿Te he ofendido nunca ni con la sombra de un pensamiento?
- SANT. Si no es eso, no es eso.
- MERC. (*Separándose de él con tristeza.*) ¡Ah, no es eso! ¡Qué injustos sois los hombres! Por cuatro trapos, por cuatro miserables pesetas, por cuatro risas... ¡tú también! Mi risa... ¡por lo visto es un crimen reírse! ¿Qué sería esta casa si yo no me hubiese reído tanto? ¡Ya, ya..., será preciso que me vista de hábito, que lleve mi manojó de llaves a la cintura, que me pase la vida en la cocina vigilando el punto del roast-beef!
- SANT. ¡Tú sí que eres injusta conmigo! ¿Quién más que yo desea para ti una vida feliz, sin preocupaciones? Pocas veces te he hablado de estas cosas, y si ahora lo hago es porque quisiera que te sentaras a mi lado un poco, que pasáramos juntos y tranquilos la vida que nos queda... ¡Tengo hambre atrasada de estar junto a ti! Tú dices que me quieres, que me has querido siempre...
- MERC. ¿Lo dudas?
- SANT. Yo te he querido a ti, y te quiero tal vez demasiado, y... ya ves: ¡hemos estado tan poco tiempo juntos!
- MERC. Porque tú tienes la manía de trabajar y trabajar.
- SANT. (*Sonriendo y cogiendo las facturas.*) Todo hace falta.
- MERC. (*Un poco confusa.*) Tienes razón; pero desde ahora te prometo que podrás descansar..., ya lo creo. ¿Te figuras que soy alguna loca? Or-

den..., orden. ¿Qué trabajo me cuesta? Es decir, si me cuesta, pero lo haré por ti... para que veas..., ¡hasta libro de caja voy a llevar! Y no compro una vara de cinta sin irte a preguntar antes: ¿se puede? ¿Qué falta me hacen para ser feliz trapos inútiles, teniendo en casa a este marido mío? (*Le abraza.*)

SANT. Y a tus hijos, Mercedes; lo que no hagas por mí hazlo por ellos. ¿No se te alegra el alma al tenerlos aquí?

MERC. (*Con efusión.*) ¡Ya lo creo!

SANT. ¡Ellos pueden ser la razón de tu vida!

MERC. ¡Hijos de mi alma!

SANT. Están locos por ti. No sabes tú el arma que te pone en las manos ese cariño ciego que te tienen. José María es la rectitud misma, trabajador, inteligente, decidido. En los seis meses que lleva aquí, trabajando a mi lado, ha llegado a ser para la casa tanto como yo mismo. La niña tiene un verdadero corazón de mujer, leal y firme. No me duelen los años, ¡tan largos!, que han pasado lejos de nosotros para llegar a ser lo que son; pero ahora que han venido, reclamando su derecho a la vida, antes de dejarles el campo libre, tú y yo tenemos que pensar que aun nos quedan muchos deberes que cumplir para con ellos.

MERC. Es verdad.

SANT. ¡Y los cumpliremos! ¡Porque tú has de ayudarme!

MERC. Lo has de ver. ¡Yo seré como sea, pero mis hijos son mis hijos!

SANT. ¡Cuento con ello!

MERC. ¡Eso es!, desde mañana, vida nueva. Y no digo desde hoy, porque ya sabes que esta noche no cenamos en casa, ¿no te acuerdas? Estamos invitados desde hace tres semanas en casa del ministro de Colombia. Comida y baile. ¿Se te había olvidado? A las nueve.

SANT. (*Con leve mal humor.*) Yo a las siete y media tengo una junta.

- MERC. Pues te vestes antes, vas vestido a la junta, y yo te voy a recoger en el coche. *(Con mimo.)* ¿No te hace gracia? Ni a mí tampoco. ¡Hijo, la última frivolidad de nuestra vida!
- SANT. ¡Ojalá! Las siete; me voy. *(Va a salir.)*
- MERC. *(Deteniéndole.)* Oye..., espera un poco...; tenía... tengo que pedirte una cosa...; oye..., pero no te vas a enfadar...; es un poco grave... ¡pero es también la última, te lo aseguro!
- SANT. ¿Qué estás diciendo ahí?
- MERC. ¡No, nada; si te disgustas, nada!
- SANT. *(Ya un poco alarmado.)* ¡Acaba de una vez!
- MERC. No, si no es nada.
- SANT. ¡Nada y te apuras tanto!
- MERC. Vete..., déjalo...; mañana.
- SANT. No, ahora mismo.
- MERC. *(Sonriendo, para quitar importancia al caso.)* Como quieras...; te advierto que es dinero.
- SANT. ¿Otra factura?
- MERC. No..., es decir, sí.
- SANT. ¡Una más! En fin, si, como dices, es la última... ¿Cuánto?
- MERC. ¿No te vas a enfadar? Diez mil pesetas.
- SANT. *(Creyendo haber oído mal.)* ¿Eh?
- MERC. Sí, diez mil pesetas. *(Con miedo.)* ¿Es mucho?
- SANT. *(Con violencia.)* ¡Mucho! ¡Es inverosímil! ¿En qué has gastado tú diez mil pesetas?
- MERC. *(Con verdadero miedo.)* No... si no las he gastado..., es que...
- SANT. ¡Acaba! ¿A quién le debes tú ese dinero? ¿Qué has hecho?
- MERC. Nada, no, si no las quiero...
- SANT. ¿Que no las quieres? ¿En qué quedamos? ¡No me vuelvas el juicio! ¿Las necesitas o no las necesitas? Habla.
- MERC. *(Sin saber lo que dice.)* Yo... no...
- SANT. ¿Tú no... tú no? *(Queriendo comprender.)* Entonces, ¿quién? Vamos, comprendo... tu señor padre, como de costumbre. *(Ella no protesta y se acoge a la disculpa que él le proporciona inconscientemente.)* Eso era, sin duda,

lo que te decía al marcharse. Pues le dices tú a él que ya estoy hasta la coronilla de pagarle trampas, y que no pienso darle ni un centimo más. ¡Si quiere proteger ninfas menesterosas que lo gane!

MERC.

¡Santiago!

SANT.

¡Ya lo oyes: ni un céntimo, ni a él, ni a ti, ni al nuncio! ¡Tengo hijos, y no quiero arruinarlos!

MERC.

(*Secamente.*) Bueno, bueno; pero no te disgustes... Anda a vestirme..., ahora voy yo.

SANT.

¡Digo con la familia! (*Sale. Mercedes llama al timbre, y va de un lado para otro nerviosamente; entra un Criado.*)

MERC.

Diga usted al señor que si puede venir un momento. (*Sale el criado. Mercedes continúa paseándose; después de un momento entra Don Fernando.*)

FERN.

¿Qué hay, le hemos pedido ya las pesetitas? (*Mercedes afirma con un gesto.*) ¡Pero, hija mía, qué nerviosa estás! ¿Te las ha dado? (*Mercedes niega con un gesto también.*) ¿Sabiendo para lo que son?

MERC.

No lo sabe.

FERN.

¡Pero, hija mía!

MERC.

¡No se lo he dicho, no! ¡No puedo decírselo! ¿Sabes a qué venía? Figúrate..., a reñirme, con razón, porque ha tenido que pagar seis mil pesetas... mías..., de extraordinarios, en un mes. ¡No era posible!

FERN.

¡Pero, hija, si lo tiene que saber!

MERC.

¡No lo sabrá! Sería darle un disgusto demasiado grande, y no lo merece. No lo comprendería. ¡Si yo no lo comprendo ahora tampoco! Fué una cosa tan necia; yo estaba jugando..., perdí todo lo que tenía..., él estaba a mi lado, jugando también, y ganaba, ganaba..., la verdad, no sé si yo le pedí o si él me ofreció...; seguí perdiendo..., él seguía ganando... Hasta que salí del Casino no me di cuenta de la grandísima simpleza que había hecho..., y

ahora..., si yo se lo cuento a Santiago, él podrá figurarse cosas que no existen...; tú también sospechaste cuando te lo dije, ¡y eso no!, nunca ha habido entre nosotros ni una sombra de celos, y no quiero. Santiago no comprende, no quiere comprender, porque es de otra manera, porque ha vivido siempre en otro mundo, esta intimidad tonta que se establece entre hombres y mujeres, a fuerza de estar siempre juntos y siempre aburridos. ¿Y cómo iba a creer la verdad: que yo, a pesar de esta estupidez mía, nunca he dado motivo a ese hombre para que se atreva a ofenderme?

FERN. Pero ¿quién es?

MERC. Nadie..., da lo mismo. ¡Padre, ayúdame tú, búscame ese dinero!

FERN. Pero, hija, si a mí nadie me presta ya un céntimo. Ya ves, ni tú... Piensa... ¿No tienes tú ningún recurso?... ¿Joyas?...

MERC. No; ya he pensado; pero no; como tengo esta cabeza, porque no se me pierdan, siempre de las doy a guardar a Santiago. Nada, ¿no conoces tú a nadie?

FERN. Como conocer...

MERC. *(Con alegría.)* ¿Sí?

FERN. Pero no te aconsejo..., hija de mi vida; somos como somos. Si tomaras ese dinero a préstamo, como no pagarías los intereses, ¡no te ofendas!, irías aumentando la deuda, y llegaría un caso en que el conflicto fuese mucho mayor.

MERC. No, no..., te lo aseguro. Ahorraré, pagaré...; pero quiero librarme de esta pesadilla. *(Don Fernando medita.)* ¡Papá!

FERN. Sí, hijita, espera. Conozco a una mujer, ¡pobre Pepilla, qué ideal era y qué gorda se ha puesto! Es fiadora. En tiempos le hice yo bastantes favores...; cierto es que me los ha pagado después con creces, y cierto que a mí, lo que se dice a mí, dudo que quiera prestarme nada; pero, tratándose de ti..., tal vez..., es

- la única persona a quien creo capaz de no abusar de una situación como ésta.
- MERC. Ay, papá, ¿irás a verla hoy mismo?
- FERN. Iría, hijita, si estuviere en Madrid.
- MERC. ¿No está en Madrid?
- FERN. No te apures; volverá dentro de pocos días. Seis o siete.
- MERC. *(Con desaliento.)* ¡Seis o siete días!
- FERN. ¿No puedes esperar? En eso, como depende de lo tirantes que estén las relaciones entre ese caballero y tú, no puedo decir nada...; tú verás; pero creo que es el mejor partido..., sobre todo, es el único que se me ocurre... De todos modos, piensa hasta mañana.
- MERC. *(Mirando el reloj.)* ¡Jesús, qué horas, y yo sin empezar a vestirme! ¡Manuela, Manuela! ¡Si acabaré por perder el juicio! *(Entran Manuela por una puerta y Cecilia por otra.)*
- CECIL. *(Entrando.)* Mamá...
- MAN. *(Entrando.)* ¿Llamaba la señora?
- MERC. Vaya usted a mi cuarto, que tengo que vestirme. *(Acariciando a su hija.)* ¿Has terminado ya de pruebas?
- CECIL. Sí. ¿Cómo no has subido? Te hemos estado no sé cuánto tiempo esperando con el traje azul puesto, porque la modista quería consultarte no sé qué del adorno, y yo, como no entiendo mucho, le he dicho que ponga lo que quiera. ¿Dónde vas?
- MERC. A mi cuarto.
- CECIL. ¿Voy contigo?
- MERC. *(Que está pensando en otra cosa.)* No..., sí... Como quieras. *(Sale.)*
- CECIL. *(A Don Fernando, no sabiendo si seguir a su madre o quedarse.)* ¿Qué le pasa a mamá?
- FERN. Nada, hijita. ¿Tú sabes hacer cuentas?
- CECIL. ¿Yo? ¿Por qué?
- FERN. Porque, aunque parezca mentira, son artículo de primera necesidad... Aprende, hijita, aprende, si no sabes, ahora que estás a tiempo. *(Sale Don Fernando por el fondo, y Cecilia se le*

queda mirando con asombro; luego duda un momento entre seguir a su madre o quedarse, y cuando va a salir, el Criado anuncia:)

CRIDAD. El señor de Heredia. *(Al oír el nombre, Cecilia, inconscientemente, hace un ademán de alegría; después piensa que debe marcharse, y va a salir, pero se queda. Entra Alfonso. Al principio no hablan. El se sorprende un poco, y por cierto agradablemente, al encontrarla sola, y ella, un poco turbada, sigue junto a la puerta por donde se disponía a salir. El se adelanta sonriendo.)*

ALF. ¡Ah! Señorita..., a los pies de usted.

CECIL. *(Aturdida.)* Buenas tardes. Mamá está en su cuarto. Voy a decirle que está usted aquí.

ALF. No la moleste usted. Ella vendrá. ¿No quiere usted hacerme compañía entretanto?

CECIL. *(Sentándose y sonriendo con timidez.)* Bueno.

ALF. *(Sonriendo.)* ¿O es que todavía piensa usted que soy tan mala persona que no merezco cinco minutos de conversación?

CECIL. *(Muy apurada.)* ¿Yo? ¿Quién le ha dicho a usted que yo he pensado nunca...?

ALF. *(Sonriendo.)* Usted..., anoche..., bailando. No con palabras, naturalmente...; es usted demasiado amable. ¡Pero hay tantas maneras de decir las cosas!

CECIL. ¡No, no; imaginaciones de usted!

ALF. Si no me ofende. Tales horrores le habrán contado a usted de mí... *(Mirándola de frente.)* ¿No? *(Ella no responde, pero baja los ojos y sonríe; él hace un gesto de amargura resignada.)* ¡Un réprobo..., un malvado! *(Sentimental.)* ¡Y lo triste es que puede que tengan razón!

CECIL. *(Con sobresalto.)* ¿Eh?

ALF. *(Fingiendo que habla para sí, con grandísima amargura y olvidando que ella está delante.)* Sí..., las apariencias...; pero ¿qué sabe nadie de nadie? La vida es tan amarga, tan cruel...;

- sobre el corazón pueden caer tales pesadumbres...; hay horas tan negras...
- CECIL. *(Con piedad.)* ¿Por qué dice usted eso?
- ALF. ¡Oh, perdón! No hay derecho a hablar de estas miserias delante de usted.
- CECIL. ¿Por qué no?
- ALF. Por eso, porque son miserias, amargas..., y usted no debe ni sospechar que existen. Es usted un corazón ilusionado, una criatura que entra en la vida con los ojos y el alma de par en par, creyendo en su derecho a la felicidad... Conserve usted su ilusión mientras pueda, y deje usted a los tristes que sigan su camino...
- CECIL. No piense usted que soy tan criatura. Ya sé que para todos hay tristezas y penas en el mundo..., y aunque, como usted dice, no he empezado a vivir, también sé lo que tal vez olvidan los que han vivido mucho: que con resignación y humildad, de cada espina podemos hacer una flor, y de cada lágrima, una piedra preciosa.
- ALF. *(Con escepticismo, pero sin irreverencia.)* ¿Para nuestra corona de gloria?
- CECIL. *(Muy seria.)* Sí, señor.
- ALF. *(Suspirando.)* ¿Usted cree en el cielo?
- CECIL. *(Con firmeza pueril.)* ¡Y en el infierno, sí, señor! ¿Usted no?
- ALF. *(Fingiendo vacilación y combate interior.)* Creo en Dios... *(Mirándola fijamente.)* Y en la bondad incomparable de algunas mujeres.
- CECIL. *(Muy turbada.)* ¡Oh!
- ALF. *(Inclinándose hacia ella y bajando la voz; habla muy despacio. Es preciso que en el tono y en el ademán ponga la vibración de amor que no está en las palabras.)* ¿No es bastante? ¡Ay, Cecilia, qué no daría yo por conservar la fe luminosa y feliz de los primeros años! Yo también he sido creyente; yo he sabido acogerme como nadie bajo la sombra de alas de que habla el Rey-Profeta; yo he llevado en la frente, muy alta, la señal de la cruz..., y he temblado

de emoción verdadera..., y he llorado, adorando, pidiendo... ¡Dios mío! ¿Dónde está todo aquello? ¡Si viera usted, Cecilia, lo triste que es vivir cuando la vida pierde todo sentido..., lo áspera que se vuelve la senda cuando sabe uno que no conduce a ninguna parte!

CECIL. *(Ahogándose de emoción.)* Pero usted no lo sabe...

ALF. ¡Ay de mí!

CECIL. No puede usted saberlo..., no quiero...

ALF. Deje usted que se pierda lo que está fatalmente perdido.

CECIL. Eso es una blasfemia..., no hay fatalidad... ¿Por qué se ha de perder nadie fatalmente?

ALF. *(Como despertando de un profundo desaliento.)* Es verdad, ¿por qué? *(Mirándola.)* ¿Acaso no es ya una esperanza el haber tropezado con una criatura como ésta?

CECIL. ¿Qué dice usted?

ALF. No..., nada..., locuras... Cecilia, es imposible, hablando con usted, conservar la serenidad elemental, el dominio sobre sí mismo a que está obligado todo ser racional. Aquí tiene usted al réprobo, al hombre de aventuras, al cinico..., desconcertado, aturdido, sin saber lo que hace ni lo que dice, ante unos ojos claros que le miran con la más piadosa de las indiferencias. *(Ella, un poco desconcertada, se levanta.)* No se vaya usted... por lo que usted más quiera, no me haga usted la ofensa de asustarse! *(Sonriendo.)* El que yo haya perdido la razón no significa que usted no pueda estar tranquila a mi lado. ¡Por encima de todo, lo primero de todo, me inspira usted un respeto! ¡Es usted tan distinta de todas las mujeres que he encontrado en el mundo! Es usted la mujer fuerte, Cecilia... Míreme usted... ¡Sí, loco, desatinado, muerto por usted... desde ayer, desde siempre, desde que la vi a usted, desde que tuve al lado, ¡miserable de mí!, toda esta gracia, toda esta

- pureza, todo este candor de agua clara que soy indigno de adorar de rodillas!
- CECIL. *(Cada vez más desconcertada.)* Déjeme usted.
- ALF. ¿Por qué? ¿La ofendo a usted? Si no pido nada, si no quiero nada, si no he de pedir nunca ni una sonrisa...
- CECIL. *(Separándose de él y dejándose caer en un asiento, entreabriendo la boca y apretándose el corazón con las dos manos.)* ¡Ay, Dios mío!
- ALF. ¿Qué tiene usted, Cecilia? ¿Se siente usted mal? Perdón... ¿Qué he hecho, Dios mío, qué he hecho?
- CECIL. No..., si no...
- ALF. *(Acercándose y sosteniéndola.)* No, mi alma..., mi vida..., mi única esperanza..., no me abandones..., no... *(Ella se pone en pie, muy seria; él, un poco alarmado.)* Perdón... ¿Quiere usted que me marche..., que llame...?
- CECIL. No..., no...
- ALF. Sí..., está usted pálida, temblando..., se le han quedado a usted las manos frías... Perdóneme usted..., dígame usted de veras, de veras, que no tiene usted nada contra mí..., que se va a olvidar de todo esto..., ¡Cecilia!
- CECIL. ¡Ay, creo que viene alguien...; déjeme usted marchar!
- ALF. *(Yendo con ella hacia la puerta.)* Pero dígame usted que me tiene usted un poco de compasión..., que me deja usted la esperanza de verla alguna vez...
- CECIL. Sí..., sí..., no sé...
- ALF. ¿Mañana?
- CECIL. *(Sin saber lo que dice.)* ¿Cómo?
- ALF. Yo la encontraré a usted. Basta con que yo sepa que usted me lo permite... Gracias, gracias. *(Le besa la mano. Cecilia sale con la cabeza completamente perdida, sin saber dónde va; en cuanto ella ha salido, él, satisfecho de la batalla ganada, cambia de expresión. Pasa un momento. Entra por otra puerta Mercedes con su hijo; viene elegantísimamente ves-*

tida para una comida de ceremonia; detrás de ella viene José María, que trae al brazo el abrigo, el abanico y la bolsa de su madre; antes de entrar se les oye hablar y reír por el pasillo.)

J. MAR. Sí, mamá, sí; muy mal.

MERC. ¡Ja, ja, ja! ¿Ahora me va a reñir también el niño? *(Entran.)*

J. MAR. Sí, señora. *(En broma.)* ¿Le parece a usted que una buena madre debe abandonar así a sus hijos? *(Viendo a Alfonso.)* ¡Ah!

ALF. *(Adelantándose.)* Señora... *(Ella hace un leve gesto de contrariedad, que él finge no ver. Alfonso y José María se saludan.)*

MERC. No sabía que estuviese usted aquí.

ALF. ¡Oh!, llegué hace muy poco... Ya veo que va usted a salir, y me marchó ahora mismo. No quise que avisaran a usted; pero me he permitido esperarla un momento... No quería marcharme sin ver a usted... Es un placer al cual no se renuncia fácilmente.

MERC. ¡Bah! *(Se sienta, resignada a cinco minutos de molestia, pero un poco nerviosa. José María va a dejar al otro extremo de la habitación el abrigo, el abanico y los guantes de su madre.)*

ALF. Y sin enterarme de que las emociones de anoche no han alterado en lo más mínimo esa salud preciosa.

MERC. ¿Emociones... yo, anoche? No recuerdo.

ALF. ¡Dichosa usted que puede olvidar tan de prisa! No todos tenemos esa suerte.

MERC. ¿José María, me das el abanico?

ALF. *(En voz baja.)* ¿Ni siquiera me concede usted el derecho a la queja? Es demasiado. *(Mercedes se levanta. A José María que ya se ha acercado.)* Tiene usted una madre admirable y cruel.

J. MAR. *(Muy serio.)* ¿Usted cree?

ALF. Y puede usted alegrarse de ser su hijo.

J. MAR. Así lo hago.

ALF. Mercedes, hasta luego. ¿Cenan ustedes en la Legación de Colombia? Yo no tengo esa suerte,

pero daré una vuelta después por el baile. ¿Quiere usted reservarme un vals? No diga usted que no..., sería demasiada crueldad. Buenas noches.

MERC. Muy buenas.

AIF. (*A José María, que va con él hasta la puerta.*) No, no se moleste usted...; sé el camino..., soy de confianza. (*Sale.*)

J. MAR. Me es odioso ese tipo... No sé cómo le puedes escuchar con paciencia. (*Mirándola.*) ¿Qué te pasa?

MERC. Nada.

J. MAR. Sí, madre, sí..., ¿qué tienes?, ¿por qué te has puesto así, de repente, si estabas tan contenta? ¿Es que ese hombre...?

MERC. No, hijo mío, no.

J. MAR. ¿Te ha ofendido? ¡Y se atreve a seguir viniendo aquí!

MERC. No te alteres, hijo... Sí, es odioso, antipático..., me inquieta, me molesta, preveo que me seguirá molestando...; pero cosas del mundo, resignarse.

J. MAR. Eso no; le dices que no vuelva a presentarse delante de ti, y basta.

MERC. Una mujer no debe darse por enterada de ciertas cosas, hijo.

J. MAR. Pero un hombre, sí. ¡Corre de mi cuenta!

MERC. No puede ser.

J. MAR. ¿Por qué?

MERC. (*Ante la inquietud grandísima de su hijo, dice la verdad.*) Porque... porque le debo dinero.

J. MAR. ¿Dinero? Tú.

MERC. Sí, yo...; es inverosímil, es absurdo...; pero es así...: dinero..., mucho..., mucho..., diez mil pesetas.

J. MAR. ¡Y lo sabe mi padre! ¿No? Madre, hay que decirselo..., hay que pagar hoy mismo.

MERC. Sí, hijo, sí...; pero a tu padre, no...

J. MAR. ¿No?

MERC. ¡Hijo de mi alma!..., te lo digo yo, y basta...; yo, que soy tu madre...; yo, que quiero a tu

padre más que a mi vida. No debe saberlo.
¡Harto me pesa ya que lo sepas tú!

J. MAR. ¡No digas eso, madre!... Pero, entonces, piensa conmigo, madre, ayúdame; ¿qué podemos hacer? ¿Qué puedo hacer por ti?

MERC. ¿Tú?

J. MAR. Sí..., yo.

MERC. ¿Tú? *(Con esperanza.)* ¡Sí! *(Con desaliento.)*
¡No!

J. MAR. ¿Qué, madre, qué?

MERC. No, nada...; no hay remedio. ¡Déjalo!

J. MAR. *(Insistiendo con cariño.)* ¡No puede ser! Mira, madre: a papá, si tú quieres..., yo se lo digo...; mejor es que lo sepa.

MERC. *(Con violencia.)* ¡No, no, hijo! ¡No es posible!
¡No quiero!

J. MAR. *(Con tristeza.)* Entonces... *(Pausa.)*

MERC. ¿Qué estás pensando? *(José María no responde.)* ¡Dime qué estás pensando!

J. MAR. ¡Nada, madre!

MERC. ¡Sí, contra mí!

J. MAR. ¡No, madre! Es que todo esto... *(Con tristeza y cariño.)*, ¡no te ofendas, mamá..., me parece..., no sé..., tan extraño!

MERC. *(Con explosión de pena.)* Extraño, triste, desagradable... Tienes razón. Sí. ¡Todos tienen siempre razón contra mí! *(Llora.)*

J. MAR. *(Con angustia.)* ¡No, madre, llorar no! ¡No puedo verte llorar a ti! *(Con resolución.)* ¡Tendrás ese dinero!

MERC. *(Con esperanza pueril.)* Pero... ¿cómo?

J. MAR. *(Con decisión.)* ¡No sé...; pero lo tienes... mañana mismo!... ¡No llores más!

MERC. *(Un poco asustada por el acento decidido de él.)* ¿Qué vas a hacer?

J. MAR. Nada. ¡Eso es cuenta mía!

MERC. Pero, hijo... *(Entra un Criado.)*

CRIAD. El coche está esperando a la señora.

MERC. Bien... Voy.

J. MAR. ¿Te vas así? Espera..., aún tienes tiempo...; tranquilízate.

- MERC. Tengo que ir a buscar a tu padre... No te apures por mí.
- J. MAR. ¡Mamá!
- MERC. *(Le besa como a un chiquillo.)* Ea..., hasta mañana. *(Entra Cecilia.)*
- CECIL. *(Aún muy turbada.)* Mamá... ¿pero te vas... otra vez?
- MERC. Sí, hija, sí.
- CECIL. ¿No comes con nosotros? ¿Ni papá tampoco? ¡Ay!
- MERC. ¿Dónde estabas? ¿Qué hacías?
- CECIL. Por ahí... Nada.
- MERC. ¿Te aburres? Ya te divertiremos. Ahora, como no tienes todavía ropa, no puedes ir a ninguna parte; pero ya verás... Mañana te traerán un vestido, y por la tarde ya puedes ir al *tennis...*, y dentro de tres días tienes un baile. Ea..., a dormir bien, y a no pensar en cosas tristes *(Abraza a sus hijos y sale. José María y Cecilia se quedan cada uno en un extremo de la habitación, sin hablarse, los dos hondamente preocupados. Vuelve a entrar el Criado.)*
- CRIAD. *(Entrando.)* Cuando la señorita guste se puede servir la comida.
- CECIL. Está bien. Apague usted esas luces. *(El Criado apaga la araña central y deja encendida la lámpara que está sobre el piano. Cecilia se sienta en un sofá junto a la chimenea, y José María mira por el balcón. Un momento de silencio: los dos están muy preocupados.)* Oye, José María..., tú, que llevas ya seis meses en casa..., ¿siempre es así?
- J. MAR. ¿El qué?
- CECIL. La vida aquí..., como esta noche, como todo el día.
- J. MAR. ¿Cómo quieres que sea?
- CECIL. No sé.
- J. MAR. ¿Qué te ocurre? Estás muy sofocada. *(Poniéndole la mano en la frente.)* ¿Tienes fiebre?
- CECIL. ¿Y a ti?
- J. MAR. ¿A mí?

CECIL. Parece que estás triste, preocupado...

J. MAR. No. *(Pausa corta.)*

CECIL. *(Con mal humor.)* Hace frío... ¿por qué no entienden esta chimenea?

J. MAR. ¿Quieres que llame?

CECIL. No... José María...; tú me quieres mucho, ¿verdad?

J. MAR. Verdad.

CECIL. ¿Pero mucho, mucho? No me querrás tanto como yo a ti... ¡Me has visto tan poco!

J. MAR. Lo mismo que tú a mí.

CECIL. Pero las mujeres queremos siempre más... ¡En el colegio pensaba en ti más veces!

J. MAR. ¡Y yo en ti!

CECIL. Porque estaba orgullosa de tener un hermano.

J. MAR. Y yo una hermana.

CECIL. ¿De verdad?

J. MAR. En la cartera llevaba siempre tu retrato... *(Le saca.)* y le llevo..., mira.

CECIL. ¡Vaya una gracia! Yo también el tuyo. *(Abre un dije que lleva colgado.)* Mira: papá, mamá y el niño en medio.

J. MAR. *(Enseñando los retratos.)* Papá, mamá y la niña.

CECIL. ¡Qué triste es el colegio!, ¿verdad? ¡Y qué ansias se tienen de volver a casa! Sobre todo de noche, cuando todo se calla y todos se duermen, y una está despierta en aquel dormitorio tan grande y tan frío, y piensa una: "Yo tengo padre y madre, y quiero estar con ellos, ¡y estoy sola!" ¿No te pasaba a tí?

J. MAR. Sí...; pero ahora... ya estamos en casa.

CECIL. Es verdad. *(Mirando alrededor.)* Ya estamos en casa... *(Casi llorando.)*, y ya ves...

J. MAR. *(También muy conmovido, pero tratando de disimular.)* Anda, anda..., no pienses tonterías...; vamos a comer.

CECIL. Vamos. *(José María coge a su hermana por los hombros y la lleva abrazada. Salen los dos por la puerta del foro.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración que en los actos anteriores. Son próximamente las once de la mañana.

(Al levantarse el telón, Cecilia, junto a la chimenea, saca una carta de entre las páginas de un libro y empieza a leerla, mirando antes con inquietud a uno y otro lado. Cuando está leyendo, entra Manuela, que trae en cada mano una jaula, cada una con un pájaro. Al oír la entrar, Cecilia se asusta y deja la carta en el sofá, poniendo encima el libro.)

- CECIL. *(Asustada.)* ¡Eh! ¿Quién?
 MAN. Yo, señorita... ¿Se ha asustado la señorita?
 CECIL. No...; es que estaba leyendo..., distraída... ¿Qué hora es?
 MAN. Poco más de las once, señorita.
 CECIL. ¿Se ha despertado ya mi madre?
 MAN. ¡Anda! A las nueve ya estaba vestida.
 CECIL. Y yo sin atreverme a entrar por no despertarla. Voy allá. *(Se levanta para salir.)*
 MAN. No se moleste la señorita. La señora ha salido. Dijo que iba a unas compras, que volvía al instante. *(Cecilia vuelve a sentarse.)* ¿Por qué no baja la señorita un rato al jardín? Está una mañana que parece de mayo. Este año se adelanta la primavera. Como que hay un sin fin de violetas al pie de la tapia. ¿Quiere la señorita que le haga un ramo?
 CECIL. *(Deseando terminar.)* No... muchas gracias. Ya bajaré yo luego.
 MAN. ¿No manda nada la señorita? Voy a sacar al sol estos pájaros. *(Sale llevándose las jaulas. En cuanto Manuela ha salido, Cecilia vuelve a la lectura de la carta. Lee con ansiedad y pasando de prisa de una carilla a otra. Cuando llega al fin suspira, se detiene, y pasado un instante, vuelve a empezar la lectura)*

desde el principio de la carta, esta vez con grandísima emoción.)

CECIL. ¡Ay, Dios mío! (*Entra Santiago. Cecilia, al verle entrar, se levanta muy de prisa, estruja el papel, y ocultándole en el hueco de la mano cerrada, sonríe y saluda a su padre.*) ¡Buenos días, papá!

SANT. (*Sin reparar en la turbación de Cecilia, porque él viene bastante preocupado.*) Buenos días. ¿Está en casa tu hermano?

CECIL. Me parece que sí. ¿Le quieres algo?

SANT. Sí; dile que venga. (*Cecilia se aleja de prisa. Santiago pasea sin hablar. Pasado el tiempo que se suponga necesario, entra José María.*)

J. MAR. (*Con aparente serenidad.*) ¿Me llamas?

SANT. Sí. (*Le mira con atención serena y triste.*) ¿No tienes nada que decirme?

J. MAR. ¿De qué? No, nada.

SANT. ¿De veras?

J. MAR. ¡De veras!

SANT. Pues yo a ti, sí. Pedí ayer el saldo de la cuenta del Banco. Acaban de enviármela. Ahora, tú dirás.

J. MAR. (*En voz muy baja.*) Padre...

SANT. Hace ocho días has retirado, sin consultar conmigo ni advertírmelo, diez mil pesetas. ¿Para qué?

J. MAR. Padre, perdóname... Es una cosa indigna, y de la cual no intento disculparme, porque sé que no tiene disculpa. He jugado, he perdido, tenía que pagar, me ha faltado valor para confesártelo, y he empleado este medio cobarde, sabiendo de sobra que no podías menos de enterarte, que había de llegar este momento. (*Con aflicción, pero con serenidad.*) ¡He sido un miserable, y además un necio!

SANT. (*Sin dejar de mirarle fijamente.*) ¿Que has jugado? ¿Tú? ¿Cuándo? Si te pasas el día conmigo, y desde que ha venido tu hermana no has salido de casa una sola noche...

J. MAR. Sí, padre, sí he salido..., casi todas.

SANT. Tarde ha debido ser, y con misterio, para que yo, que duermo poco y mal, no me haya enterado. Hijo de mi alma, afortunadamente, mientes muy mal.

J. MAR. ¡No miento!

SANT. ¡Sí mientes!

J. MAR. Padre, te aseguro que digo la verdad. No soy tan bueno como tú crees, como estoy obligado a serlo sólo por ser tu hijo. He salido de noche, he tratado con gentes indignas, me he dejado arrastrar, he jugado, te juro que he jugado y he perdido.

SANT. *(Sonriendo con tristeza.)* ¡Con qué apasionamiento te acusas, hijo! Cualquiera creería que te defiendes.

J. MAR. ¿Yo? ¿De qué?

SANT. Es inútil que intentes convencerme de que has cometido todas esas maldades imaginarias; no eres un chiquillo granuja, ni un señorito golfo... Lo cual no quita para que lo que has hecho, real y efectivamente, sea una grandísima deslealtad, que me duele y me aflige mucho más de lo que tú puedes figurarte.

J. MAR. Pero...

SANT. *(Sin dejarle hablar.)* Esas diez mil pesetas no las has jugado, no las has perdido. Esas diez mil pesetas las has dado a otra persona.

J. MAR. *(Con grandísima energía.)* ¡No!

SANT. Tu madre.

J. MAR. *(Con desesperación.)* ¡No, no! ¡Te aseguro, te juro que no!

SANT. *(Sonriendo.)* Conozco demasiado la cantidad para que pueda caberme duda. No niegues más... *(Con mucha seriedad.)*, es inútil. No te te he preguntado porque quisiera saber, sino porque sabía. Hubiera deseado de ti un poco más de sinceridad. ¡Eso es todo! *(Pausa. José María inclina un poco la cabeza y no responde.)* ¡Es triste no poderse fiar de lo que más quiere uno en el mundo!

J. MAR. *(Con aflicción.)* ¡Padre!

- SANT. *(Levantándose con violencia.)* ¿Y qué razones te ha podido dar para decidirte a hacer lo que has hecho? ¿Qué motivos has podido encontrar bastante poderosos para justificarte a tus propios ojos? ¿Qué explicaciones le has pedido?
- J. MAR. ¡Yo, explicaciones a mi madre! Ninguna. ¡No las necesitaba!
- SANT. ¡Es verdad! A mí es únicamente a quien tiene que dármelas. *(Con ira.)* ¡Y de ésta me las da, se lo aseguro! ¡Es demasiado!
- J. MAR. No, padre. ¡A mamá no le digas nada!
- SANT. ¿Por qué?
- J. MAR. ¡Porque no! Aquí me tienes a mí...; yo soy el que ha hecho el daño, yo soy quien tiene la responsabilidad. ¡Toda! ¡Haz de mí lo que quieras, pero a ella no, a ella no!
- SANT. ¡No sabes lo que dices!
- J. MAR. No tiene culpa de nada, de nada... *(Con apasionamiento.)* ¿Ella qué sabía? ¡Yo la vi llorar y he hecho lo que he hecho! ¡Y ahora va a sufrir por mi culpa! ¡Miserable de mí, que no he sabido defenderla!
- SANT. Está bien...
- J. MAR. Padre... Prométeme que no le dirás nada. *(Suplicante.)* ¡Por lo que más quieras en el mundo!
- SANT. *(Después de una pausa.)* Oyeme... Lo que voy a decirte me cuesta una tristeza... ¡tan grande! ¡Pero no hay más remedio, por tu bien mismo, por el de todos! Hijo, tú eres la mejor esperanza de mi vida..., más que esperanza, el premio, la compensación de todo mi trabajo, la única inmortalidad en que creo y que necesito. *(José María va a hablar, pero Santiago no le deja.)* No me digas nada. Todos necesitamos una fe para encontrarle sentido a la vida; mi fe, desde que tú naciste, has sido tú. He creído en ti, hombre leal, fuerte de cuerpo y alma, intachable. Por muy inflexible consigo mismo que quiera uno ser, siempre tiene flaquezas, siempre le faltan ciertas virtudes. Todas las que yo

no he podido alcanzar, las he esperado de ti; contra todas las flaquezas que me han rendido, te he soñado a ti invulnerable... ¡Hijo, tú, en mi esperanza, eras el hombre que yo hubiera querido ser!

J. MAR. *(Con entusiasmo.)* ¡Y lo seré, padre, lo seré!

SANT. Quiero creerlo. *(Sencillamente.)* ¡Porque ésa es toda la razón de mi vida! Pero... escúchame: el primer mal contra el que necesitas hacerte fuerte, si quieres conservar la rectitud absoluta de tu vida, es la influencia a la que te has rendido al primer choque... ¡Una mujer que llora es el peor enemigo de un hombre honrado!

J. MAR. Yo...

SANT. Ese ha sido el escollo de toda mi firmeza. Tu madre...

J. MAR. *(Interrumpiéndole con apasionamiento:)* ¡Mi madre es la mujer más buena del mundo!

SANT. Sí, hijo, sí. No me hagas la ofensa de pensar que necesitas defenderla contra mí. La mujer más buena del mundo, dices bien. Pero tiene una idea equivocada de muchísimas cosas. Toda su lealtad incorruptible está en el corazón, toda su moral, en el sentimiento; pero... la cabeza, hijo..., no sé..., es frívola; tú mismo lo has dicho para justificarla: ¡es irresponsable! *(Con odio.)* ¡Ah, su padre! Segundón pobre de una casa rica, egoísta, vicioso, holgazán, jugador..., creo, Dios me perdone, que hasta caballero de industria, sin más virtud que la de querer a su hija, a su modo. Han vivido al azar; hoy, con miles de duros; mañana, sin un céntimo; por eso para ella el dinero es una cosa que se necesita, que se gasta, que no se sabe de dónde viene... *(Entra Don Fernando. Viene de la calle. Trae el sombrero puesto, y bajo el abrigo, smoking; porque, aunque es por la mañana, ha pasado la noche fuera de casa. Viene ligeramente trastornado y muy optimista, por influencias del champaña nocturno.)*

SANT. Buenos días.

- FERN. (*Sin querer detenerse.*) ¡Muy buenos, hombre rico! (*A José María.*) Felices, niño. (*Va a pasar.*)
- SANT. Hágame usted el favor de quedarse un momento. Tenemos que hablar.
- FERN. Todos los que tú quieras. (*Se quita el sombrero y se acerca a la chimenea, delante de la cual se queda en pie, calentándose las manos, después de haberse quitado los guantes.*)
- SANT. (*A José María.*) Tú puedes marcharte a la fábrica. Ahora voy yo. (*José María sale sin decir nada.*)
- FERN. ¡Caramba, caramba, qué fresquitas son en Madrid las mañanas de primavera! Mira, burgués feliz: si la conversación va a ser larga, ten la amabilidad de disponer que me sirvan algo caliente.
- SANT. ¿Larga? No, por cierto. Se reduce a una breve pregunta. ¿Piensa usted pasar todavía mucho tiempo en Madrid?
- FERN. ¡Hum! ¿Debo interpretar ese "todavía" como insinuación de que se prolonga demasiado mi estancia entre vosotros?
- SANT. (*Secamente.*) Intérpretele usted como guste.
- FERN. Se tendrá en cuenta la indicación.
- SANT. Así lo espero.
- FERN. Pero ante esta insolencia inmerecida, me permitiré, a mi vez, una pregunta. ¿En qué puede molestar a tu corrección el que un padre amante pase unas cuantas semanas al lado de su hija?
- SANT. Precisamente en eso. No me conviene que mi mujer esté, ni unas semanas ni una hora, bajo la influencia de usted.
- FERN. ¡Pero, hijo de mi vida, si no hago más que darle buenos consejos!
- SANT. (*Con ira.*) En virtud de los cuales, sin duda, a ella le ha parecido muy bien obligar a su hijo a una villanía para pagar las trampas de su padre.
- FERN. ¡Alto ahí..., alto ahí! Entendámonos.

- SANT. No hay nada que entender. Bien claro está.
 FERN. (*Molesto.*) Yo no sé qué habrá hecho tu niño; pero puedes estar seguro de que yo no tengo absolutamente nada que ver en la hazaña.
- SANT. ¿Se atreve usted a decir que las diez mil pesetas no han sido para usted?
 FERN. ¿Eh? Las diez mil pesetas... (*Comprendiendo, al repetir la cantidad.*) ¡Ah, vamos; las famosas diez mil pesetas! ¿Y Mercedes te ha dicho...?
- SANT. ¡Lo que tenía que decirme!
 FERN. (*Dolido.*) Que yo... Eso esté mal, muy mal..., no lo esperaba de ella, palabra de honor... ¡No lo esperaba!
- SANT. ¡Ya! Usted llegó a creer que, como siempre, yo iba a dar el dinero sin protesta, sin explicaciones...
- FERN. ¿Yo?
 SANT. (*Con violencia.*) ¡Pues se acabaron aquellos tiempos! Mercedes tiene encargo de decírselo a usted; pero, por si ella no se atreve, se lo digo yo. Se acabaron, y para siempre. Celebraré infinito que no volvamos a vernos las caras. Buenos días.
- FERN. (*Deteniéndole.*) Aguarda, aguarda, que aún tenemos que hablar.
- SANT. ¿Yo con usted?
 FERN. Yo, contigo. Has estado (*Con burla.*) elocuente y conciso, hijo mío; pero, por esta vez, toda tu elocuencia está completamente fuera de lugar. Aunque tú no lo creas, te repito que soy completamente ajeno a la trampa en cuestión. Acaso debiera sacrificarme, dejar correr la bola y callar. Pero un hombre es un hombre, y la reputación es lo primero.
- SANT. (*Con desprecio.*) ¡La de usted!
 FERN. (*Con cierta dignidad.*) ¡Sí, burgués, la mía! Cada uno tiene su alma en su almarío. Esas diez mil pesetas que de tal modo se te atragantan son de la exclusiva competencia de tu señora esposa. Yo he hecho lo posible por sa-

carla del apuro; la he aconsejado que te lo confiese, que acuda a ti. No se ha atrevido, y ha echado el mochuelo sobre su pobre padre... Si tú hubieras mirado la cuestión con un criterio un poco más... aristocrático, yo hubiese podido aceptar la responsabilidad del hecho y evitarte un disgusto; pero como lo tomas tan por lo burgués, hijo, con tu pan te lo comas...; yo me lavo las manos.

SANT. ¿Qué está usted diciendo?

FERN. Lo que oyes. Mercedes debía ese dinero ella solita..., porque, sencillamente, lo había jugado y lo había perdido...; eso es todo.

SANT. ¿Mercedes...? ¡Jugar!

FERN. Sí, hijito, sí...; jugar..., perder... Tú tienes la culpa.

SANT. ¡Yo!

FERN. ¿Qué quieres que haga una mujer que se aburre como una ostra? Tú eres un buen marido..., ahí está el quid. Un marido no debe ser nunca demasiado bueno. Esos corazoncillos inquietos necesitan un poco de emoción, la espinita dorada, la sal de la vida. Distracciones peores y más caras hay por el mundo.

SANT. ¿De modo que, según usted, todavía debo darme por muy contento?

FERN. ¡Qué duda cabe!

SANT. Y ella es muy posible que sea de la misma opinión. ¡Se comprenden ustedes! ¡Naturalmente!

FERN. ¡Naturalmente, nos comprendemos!

SANT. ¡Pero yo no estoy dispuesto a comprender!

FERN. ¡Tarde recuerdas, hijo!

SANT. ¿Por qué dice usted eso?

FERN. Porque hace mucho tiempo que debieras haber comprendido. Veintitantos años. Los mismos que hace que la encontraste. Mercedes es un ángel... que no sabe llevar el libro de caja. ¿Ahora te sorprende? ¿La conociste, por casualidad, en algún curso de economía política?... Es frívola. ¿Te enamoraste de ella en algún

sermón? Si no recuerdo mal, fué en Niza, un Carnaval, en un baile, y ella iba vestida de locura...; conque si lo querías más claro...

SANT.

FERN.

(*Un poco desconcertado.*) Pero...

No hay pero que valga. Te casaste con ella porque te gustó. Y te gustó precisamente por eso: porque era frívola, porque era alegre, porque era imprevisora, original, graciosa..., porque hacía ruido y se vestía bien. ¡No le exigiste más! Quisiste que alegrara tu vida de hombre trabajador, metódico y sombrío con su gracia de pájaro alegre; que fuera una caja de música para tu aburrimiento de fabricante. ¿Ahora te parecen caras las sonatas? ¡Lo bueno cuesta, hijo! (*Pausa breve. Santiago no dice nada.*) Lo único que podías lamentar, con razón, es que no fuera una mujer fiel. ¡Lo es! ¿Qué más pides? Estas cuestiones de dinero, que a ti te parecen tan esenciales para la dignidad, porque los hombres las hemos convertido casi en religión, para las mujeres no tienen importancia. Lo que para nosotros es una deshonra, para ellas es una ligereza. En cambio ellas se crearían deshonradas por cosas que a nosotros nos parecen una distracción sin consecuencias. ¡Hijo, cada sexo ha puesto el honor en un mandamiento distinto!

SANT.

FERN.

Está bien, está bien.

Dicho esto, no tengas cuidado. Haré las maletas a la mayor brevedad.

SANT.

Puede usted quedarse todo el tiempo que guste. (*Llama al timbre y entra el Criado.*) Que venga la señora.

CRIAD.

SANT.

No está en casa.

¡Naturalmente! Está bien. Deme usted el abrigo y el sombrero. Buenos días. (*Sale Santiago y el Criado también.*)

FERN.

(*Acercándose de nuevo a la lumbre.*) ¡Ay, Mercedes, Mercedes! Pues, señor, los hijos son ingratos hasta con los padres egoístas. (*Entra Cecilia y se le queda mirando.*)

- CECIL. Abuelo, ¿qué te pasa? ¿Estás hablando solo? ¿Dónde vas a estas horas con smoking?
- FERN. No voy... Estoy de vuelta de la única ilusión que me quedaba. No quieras a nadie, ni a tus hijos, si llegas a tenerlos, y vale mucho más que no los tengas: te lo dice un padre. *(Sale muy entristecido.)*
- CECIL. ¡Pero, abuelo!... *(Mirándole aiejarse.)* ¡Ay, señor! ¡En esta casa todos estamos locos! *(Aparece en la puerta Alfonso; trae el abrigo puesto y el sombrero en la mano. Toda la escena, en voz muy baja y precipitada.)*
- ALF. *(En voz baja y adelantando con cierta precaución.)* ¡Cecilia!
- CECIL. *(Con terror y alegría al mismo tiempo.)* ¡Ay!
- ALF. *(Acercándose a ella.)* ¡No te asustes!... Soy yo..., ¡mi vida!
- CECIL. Sí..., sí... Pero... ¿cómo has venido? ¡Marchate! *(Mira hacia un lado y otro con temor.)*
- ALF. No vienen. Ya sé que no está en casa tu madre... A tu padre y tu hermano les he visto salir ahora mismo... No vienen..., y aunque vinieran... No estamos cometiendo ningún crimen.
- CECIL. ¿Verdad?
- ALF. Como no lo sea no poder vivir una hora sin verte. ¿Me esperabas tú?
- CECIL. No... Es decir, sí. Te espero siempre..., hasta cuando no es posible esperarte..., hasta cuando me acabo de separar de ti...
- ALF. ¡Chiquilla mía! *(Casi abrazándola),* qué bonita eres y cómo te quiero!
- CECIL. *(Con ilusión.)* ¿Sí? *(Separándose con sobresalto.)* ¡Ay!
- ALF. *(Deteniéndola con suavidad.)* No... ¡Nadie!
- CECIL. ¡Dios mío, esto no es vivir!
- ALF. ¿Recogiste la carta anoche en el manguito?
- CECIL. Sí; pero no me escribas.
- ALF. ¿La has perdido?
- CECIL. No; está aquí...; ¡pero no me escribas!
- ALF. ¿Por qué?
- CECIL. No sé...; porque no...; me da miedo...; en

cuanto la he leído, la quisiera romper...; pero no puedo. (*Sonríe.*) Por leerla otra vez..., ¡y si alguien las encuentra! Oye (*Con cariño pueril.*) ¿por qué no quieres decírselo a mi madre?

ALF. Estás loca...; en esta casa todos me quieren mal.

CECIL. (*Sonriéndole con ingenuidad graciosa.*) Menos yo.

ALF. (*Acariciándole suavemente la frente.*) ¡Menos tú, que eres mi vida! ¡Tu madre, más que nadie! Día llegará en que todos lo sepan.

CECIL. Pero, entretanto, esta angustia constante, este no verse...

ALF. Tienes razón; hay que verse; hay que hablarse. ¡Tengo un hambre de decirte todo lo que te quiero donde nadie nos oiga!

CECIL. ¡Sí, sí!

ALF. De arrodillarme delante de ti... horas enteras..., en silencio..., contigo..., nada más que contigo..., donde no tengas miedo..., donde no haya en el mundo para ti más que yo..., más que mi amor, ¡Cecilia, vida mía!...

CECIL. Sí, sí...; ¡pero ya ves!

ALF. ¿No sales nunca sola?

CECIL. No..., nunca.

ALF. ¿Ni a casa de una amiga? ¿Ni siquiera a la iglesia..., por las mañanas?

CECIL. A la iglesia, sí...; pero...

ALF. ¿A qué hora?

CECIL. (*Con vacilación.*) Muy temprano...: a las siete.

ALF. Pues mañana te espero.

CECIL. Es que...

ALF. ¿No quieres? ¡Tienes miedo de mí! ¡No me ofendas, Cecilia! ¡Todavía no sabes de qué modo te quiero! En mi coche, ¿verdad? Tú sales, como todas las mañanas... Oyeme..., mírame..., dime que sí..., que vendrás..., sin angustia, sin miedo...; si vieras la emoción, la reverencia con que me acerco a ti (*Abrazándola.*); ¡si supieras lo que eres para mí! ¿Vendrás?

- CECIL. (*Medio vencida.*) No sé. (*El la mira fijamente.*)
Sí, sí.
- ALF. ¡Bendita seas!
- CECIL. (*Apelándose bruscamente de Alfonso.*) ¡Mi madre! (*Mercedes ha aparecido en la puerta del fondo.*)
- ALF. ¡Señora mía! (*Sonriendo.*)
- MERC. (*Primero, con sorpresa, y luego, al darse cuenta de la situación, con ira.*) ¿Usted?... ¿Tú?... Caballero, creí que había terminado entre nosotros toda relación, y verdaderamente no sé con qué derecho se atreve usted a venir a esta casa.
- ALF. (*Para ganar tiempo.*) Señora...
- CECIL. (*Adelantándose con decisión y poniéndose de nuevo al lado de Alfonso.*) Madre..., he sido yo... Es por mí...
- MERC. (*Con ira.*) Ya lo veo... (*A Alfonso.*) No ha perdido usted el tiempo..., y ha sabido usted elegir la venganza.
- CECIL. ¡La venganza!
- MERC. ¡Es usted fuerte, amigo; pero he llegado a tiempo, y nos veremos!
- ALF. Señora, usted comprende. (*Mirando a Cecilia.*) que así no puedo dar explicaciones. Se equivoca usted en todo lo que está pensando. Si Cecilia quisiera dejarnos un momento...
- MERC. ¡No! Todo lo que tenga usted que decirme le interesa a ella oírlo tanto como a mí. (*A Cecilia.*) Quédate.
- ALF. No sé si hace usted bien...
- MERC. Hago lo que debo. (*Pausa.*) ¡Hable usted!
- CECIL. (*Con angustia y esperanza.*) Eso es..., habla..., dile... (*Alfonso calla.*)
- MERC. ¿Prefiere usted que haga yo la historia?, ¿que sea yo quien diga a mi hija que la está usted engañando miserablemente?
- ALF. ¡Señora!
- MERC. (*Con ironía triste.*) Porque supongo que se trata de amor. Sin duda, cuando yo he llegado, le estaba usted diciendo a esta infeliz que está

- loco por ella, que le es a usted imposible vivir sin su cariño, que no tiene derecho a ser cruel con un amor tan sincero, tan hondo..., ¡lo mismo, con ligeras variantes, que me dijo usted a mí hace ocho días en este mismo sitio! *(Dejándose caer en el sofá.)* ¡Ay de mí!
- CECIL.
- MERC. ¡Si que es el de usted un amor demasiado fugaz!... *(Con amargura.)* ¡A menos que sea un odio demasiado incomprensible..., demasiado! Yo no le he hecho a usted un mal, ni siquiera una ofensa que merezca semejante venganza. ¡Parece imposible que, por muy villano que sea un hombre, se atreva a una infamia tan grande por vengar un agravio de amor propio!
- ALF. *(Con emoción en la voz.)* Mercedes, me está usted ofendiendo, no sabe usted cómo, y yo callo por consideración, por respeto, por cariño...
- MERC. *(Interrumpiéndole con amargura y violencia.)* ¿A ella o a mí?
- ALF. ¡Mercedes!...
- MERC. *(Con arrebató de indignación.)* ¡Explíquese usted, hombre, explíquese usted! Diga usted que a las dos, si le parece. Diga usted que la quiere a fuerza de quererme; que por ser hija mía, usted, que lleva tanto tiempo sufriendo por mí sin esperanza, se ha enamorado usted de ella como un rayo... ¡Dígaló usted!
- ALF. *(Como vencido por la fatalidad y en voz muy baja.)* ¡Y si así fuera...!
- CECIL. ¡No puedo más! *(Se levanta del sofá, y medio muerta de angustia, sale por una de las puertas laterales.)*
- MERC. *(Mirando a la puerta por donde ha salido Cecilia.)* ¡Pobre chiquilla mía! ¡Hable usted ahora! ¿Qué iba a usted a decir, para justificarse, cuando ella no estuviese delante?
- ALF. *(Sonriendo.)* Es usted demasiado inteligente para no comprenderlo. Señora mía, la vida tiene compensaciones tan admirables como inespe-

radas. Usted no me ha querido, su hija de usted me quiere, ¡esto es todo!

MERC. Y usted la quiere a ella, ¿verdad?

ALF. *(Con cinismo.)* Eso es lo de menos..., y además, con permiso de usted, es sólo cuenta mía.

MERC. ¡Salga usted ahora mismo, salga usted de esta casa, y no vuelva usted en su vida, ¿lo ha oído usted?, en su vida, a pasar esa puerta!

ALF. *(Con toda calma y mala intención.)* Hasta que alguien me llame.

MERC. ¡Ah! ¿Usted cree?

ALF. O me venga a buscar.

MERC. ¡A usted!

ALF. De poco servirá que yo me vaya si queda alguien aquí que desea que vuelva..., y lo desearán, y volveré, y sucederá lo que ha de suceder..., ¡sí, señora!

ALF. ¡Afortunadamente, no está mi hija tan indefensa como usted se figura!

ALF. ¡Ya! ¡Piensa usted advertir a su marido!

MERC. ¡No, por cierto! ¡Mía ha sido la culpa, mío será el remedio! Para defender a mi hija contra usted me basto yo y me sobro.

ALF. *(Con afectación de piedad.)* ¡Es usted una mujer...!

MERC. Y usted un miserable. Pero basta de palabras inútiles. ¡Salga usted de aquí inmediatamente! *(Llama al timbre.)*

ALF. ¡No sabe usted lo que hace!

MERC. ¡Es posible; pero estoy en mi casa, y hago lo que mejor me parece! *(Al Criado.)* Abra usted la puerta a este caballero.

ALF. Buenos días, Mercedes.

MERC. *(Secamente.)* Buenos días.

ALF. *(Acercándose a ella con aire amable.)* ¿No teme usted que Cecilia pueda interpretar de un modo... acaso desfavorable el afán de usted por alejarme de ella?

MERC. ¡Eh!

ALF. Sabiendo, porque usted se lo ha dicho, que yo me he permitido hablarle a usted de amor, bien

pudiera pensar..., y acaso otros con ella, que la espléndida madurez de la madre sintió celos de la florida juventud de la hija. *(Mercedes hace un gesto de espanto.)* Es posible... En fin, eso allá ustedes... Siempre a sus órdenes y hasta la vista. *(Se inclina y sale.)*

MERC. *(Después que ha salido.)* ¡Ah, infame, infame! *(Mercedes se queda un instante sola. Toda su energía se convierte en angustia y se echa a llorar nerviosamente. Pasado un momento, se acuerda de su hija, hace un esfuerzo para tranquilizarse y se dirige hacia la puerta por donde ha salido Cecilia. Cuando va a salir, entra Santiago, que se dirige a ella con cierta violencia.)*

SANT. *(Entrando.)* Mercedes.

MERC. *(Queriendo pasar.)* Déjame.

SANT. ¿Dónde vas?

MERC. A buscar a mi hija. Déjame.

SANT. Espera.

MERC. Te digo que no puedo.

SANT. Es preciso que me oigas. Ha llegado el momento de que haya entre nosotros una explicación definitiva.

MERC. *(Que como está muy angustiada por lo que acaba de sucederle, no se da mucha cuenta del tono en que le habla su marido ni de lo que está diciendo.)* ¿Qué dices?

SANT. ¿Has visto a tu padre hoy por la mañana?

MERC. No; ¿por qué?

SANT. ¿Y a José María?

MERC. ¿A José María...? *(Recordando y turbándose.)* No..., tampoco... ¿Qué pasa?

SANT. Pasa, como no podía menos de pasar, que me he enterado de la villanía que has obligado a cometer a tu hijo.

MERC. *(Ofendida.)* ¡Villanía!

SANT. ¿Te asusta la palabra? En cambio el hecho te ha perecido la cosa más natural del mundo. ¡Lógica de mujer! Sí, la villanía, la deslealtad, el abuso de confianza..., todo para ocultar una

necedad tuya, uno de tus caprichos de mujer frívola y sin sentido.

MERC. (*Protestando, pero con humildad.*) Santiago, mira lo que estás diciendo...

SANT. La verdad. No te alteres, que termino pronto. He dicho que necesitábamos una explicación. No es cierto. ¿A qué gastar palabras inútiles? Como siempre, no habíamos de entendernos; como siempre, tú habías de acabar llorando, y yo dejándome vencer por tus lágrimas. Basta con que sepas que he tomado una resolución.

MERC. ¿Una resolución?

SANT. No quiero que tus hijos vivan ni un día más a tu lado.

MERC. ¿Eh?

SANT. Sólo yo, que sé cómo te quiero, puedo saber también lo que me duele; pero no hay remedio. Tus hijos te quieren demasiado...

MERC. ¿Hacen mal?

SANT. Hacen bien; pero por lo mismo que te quieren así, tu influencia sobre ellos puede ser un peligro demasiado grave.

MERC. (*Con dolor.*) ¡No digas eso!

SANT. ¡Ya ves cómo la has empleado a la primera ocasión!

MERC. Santiago...

SANT. Yo quiero que mis hijos entiendan la dignidad humana, la honradez, la lealtad, como las ha entendido siempre su padre. ¡Tú, por lo visto, tienes una idea muy distinta de todas estas cosas!

MERC. (*Con dignidad.*) Me estás ofendiendo más de lo que merezco.

SANT. Yo he sido cobarde; por el amor desatinado y necio que te he tenido siempre, he faltado a todos mis deberes con mis hijos. Por evitarte cuidados y preocupaciones, ha renunciado al gozo de tenerlos cerca, y no más, no más... ¡Son mis hijos, y quiero vivir con ellos y únicamente para ellos!

MERC. Es decir...

- SANT. Es decir, que desde hoy en adelante, vivirán conmigo, ¡sólo conmigo!
- MERC. *(Con amargura.)* ¿Y yo?
- SANT. Tú vivirás sin ellos, como has vivido hasta ahora.
- MERC. ¡Sin ellos!
- SANT. Con tu padre.
- MERC. *(Con dulzura.)* ¿Y tú crees que tienes derecho a apartarlos de mí?
- SANT. ¡Tengo el deber de defenderlos contra ti!
- MERC. *(Con amargura.)* ¡El deber..., el deber!
- SANT. ¡El deber! Tampoco lo comprendes, ¿verdad?
- MERC. *(Después de una ligera pausa, empieza a hablar como si hablara consigo misma; primero, con tristeza y resignación; pero a poco se va exaltando hasta llegar a una explosión de amargura rebelde y de dignidad herida.)* Sí..., es posible que tengas razón...; pero con todo eso, y aunque fuera más grave de lo que tú crees, yo no puedo apartarme de mis hijos; tú no tienes derecho a separarme de ellos, porque me necesitan. *(El hace un gesto de incredulidad.)* ¡Sí, a mí, tan poca cosa, tan irresponsable, tan loca, según tú! Hay peligros que tú ni sospechas, porque eres hombre, y de los cuales yo sabré defenderlos a costa de mi vida. Son hijos tuyos, pero yo soy su madre; son tu orgullo, pero son sangre mía; tú quieres que tu hijo sea hombre de honor; yo necesito que mi hija sea mujer honrada y además feliz.
- SANT. ¿Por qué dices eso?
- MERC. *(Exaltándose y conteniendo las lágrimas.)* Y aunque ellos no necesitaran de mí, ¿quién te dice que yo no necesito de ellos? ¿Y mi derecho, no es tan respetable como el de los demás? ¡Mi pobre derecho de mujer, siempre pisoteado por los que dicen que me quieren tanto!
- SANT. ¿Ahora vas a quejarte de mí?
- MERC. Alguna vez ha de ser la primera.

SANT. ¡Tú dirás qué he debido yo hacer por ti y no he hecho!

MERC. Es muy fácil hablar de deberes ajenos; puede que todos hayamos faltado por igual a los nuestros. Tú dices que soy loca, que soy así... ¿Por qué tú, que tenías el secreto de la perfección, no me has enseñado a ser de otra manera? Dices que por mi amor has sido cobarde..., que por evitarme cuidados alejaste de casa a nuestros hijos... ¡Es falso! Me los quitaste porque pensaste siempre, desde luego, porque decidiste, en tu orgullo de hombre, que yo no era capaz de cumplir mis deberes, ¡y eso habría que haberlo visto! Temiste que fueran para mí un juguete, las muñecas que, por no tener madre desde niña, no he tenido nunca... Acaso hiciste mal. ¡Jugando a las muñecas, aprenden a ser madres las mujeres!

SANT. *(Con un poco de asombro ante la desacostumbrada exaltación de ella.)* Mercedes...

MERC. Mujer... Eso es lo que yo no he sido nunca para ti; tu mujer. Yo sí que he sido tu juguete, tu distracción, el animalejo bonito al que se acaricia y se riñe. No he pensado nunca. ¿Acaso me has dejado tú que piense? ¿Qué falta te hacía, verdad? El hombre piensa solo, decide solo, se basta a sí mismo, es el amo, es el rey...; la mujer, a sus trapos y a sus risas... ¡Ah, me has querido mucho; pero me has despreciado mucho más. No he tenido juicio...; tampoco me has dejado responsabilidad. ¿Acaso me pediste parecer para entregar a mis hijos en manos ajenas? Tú te sacrificaste por tu voluntad; pero a mí me impusiste el sacrificio. Ya lloré cuando se los llevaron...; luego me consolé, porque a ti no te gusta ver lágrimas...; luego me acostumbré a vivir sin ellos... Toda mi vida he sentido un vacío tan extraño en el corazón..., el que intentaba, inútilmente, llenar a fuerza de frivolidades... ¡Era que me faltaban ellos, y yo no lo sabía! Pero ahora lo

sé. He aprendido en una hora, más grave de lo que tú puedes pensar, todos mis deberes y todos mis derechos. Estoy en mi casa, estoy en mi puesto. ¡Ni tú ni nadie se capaz de quitarme lo que es mío! (*Hace un violentísimo esfuerzo para no llorar.*)

SANT.

¡Nunca te he oído hablar así!

MERC.

(*Con resignación.*) Es verdad. Nunca. ¿Te asombra que discurra con sentido común? Hijo, hasta a discurrir se aprende en una hora, cuando el alma despierta. ¡Si vieras qué a destiempo has venido a echarme en cara mi frivolidad! ¡Si supieras a qué poca cosa me han sonado aquí dentro todos tus alaridos de indignación! Y es porque antes que tú, en voz muy baja, con todo respeto, me había enseñado mi propio corazón todo lo que necesitaba saber. Para comprender mi dignidad de madre me ha bastado ver llorar a mi hija.

SANT.

¿A Cecilia?

MERC.

Sí; a Cecilia, que lloraba de amor, de desengaño, de soledad; a mi hija, ante cuya angustia tú has estado tan ciego como yo, y a quien sólo mi corazón de madre puede defender contra sí misma.

SANT.

(*Con alarma.*) Pero... ¿qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? Dime...

MERC.

(*Con serenidad.*) Nada: un amor estúpido que hay que quitarle de la cabeza. Tontunas de chiquilla; pero que a ella le parecen un mundo y le hacen sufrir, como sólo se sufre a su edad. A su lado es donde ahora está mi deber. Hay conflictos un poco más graves, créeme, que una ligereza económica... De todas maneras reconozco mi culpa en esa historia de José María (*Con esfuerzo.*) y te pido perdón. Restitución (*Sonriendo entre lágrimas.*) no puede ofrecerte. Pobre vine a tu casa y pobre sigo en ella...

SANT.

(*Ofendido.*) ¿Por qué dices eso?

MERC.

Por nada... Era una broma...

SANT.

¡No, no...; habla!

- MERC. (*Con cariño.*) Si te empeñas.. ; pero es lo único que no me importa. Digo que pobre he sido y pobre soy, porque, aunque vivo en una casa cómoda, y gasto como no gastan los pobres, sin contar, nunca he sabido de verdad, de verdad, si somos ricos o dejamos de serlo. Tú has pagado mis cuentas siempre, me has reñido por ellas casi siempre; pero el secreto de tu libro de caja ha sido inviolablemente tuyo. La verdad, no había pensado nunca en ella; pero ahora, que estoy en vena de pensar, se me ocurre: si desde el primer día hubiésemos llevado la contabilidad a medias, puede que a mí también me hubiera dado por la economía. ¿No te parece?
- SANT. (*Un poco turbado.*) Mercedes...
- MERC. (*Con emoción y dulzura.*) ¿Acaso has hecho mal en tenerme tan cerca del corazón y no haberme dejado entrar en tu vida más que de visita! (*Pausa, después de la cual Santiago habla con amargura, como recriminándose.*)
- SANT. Es verdad... Todos tenemos culpa de todo. Nos creemos infalibles, y somos inconscientes. Nuestra rectitud ajustada a reglas es comodidad; nuestra inflexibilidad moral, orgullo... Es verdad (*Mirándola con remordimiento.*); he tenido tres hijos, y a los tres os he dejado solos, por pereza culpable, por egoísmo, por soberbia de hombre que trabaja solo, que lucha solo, que quiere ser el único en comprender y en afirmar. (*Con amargura excesiva.*) Tienes razón. He sido un necio, y bien merecido me tengo el mal que me sucede.
- MERC. (*Con cariño y autoridad casi maternal en su suavidad.*) No te sucede ningún mal. Tienes a tus hijos que te adoran, que creen en ti como en Dios... me tienes a mí. ¿Que ni ellos ni yo somos perfectos, como tú quisieras? Pero te queremos y nos queremos, y, apoyados unos en otros, iremos por la vida, como todo el mundo, cayendo y levantándonos... ¡pero

- felices, porque el que caiga, siempre encontrará brazos que le recojan y amor que le sepa compadecer!
- SANT. *(Acercándose a ella con la turbación natural de un hombre orgulloso a quien le duele verse en el caso de pedir perdón.)* Perdóname...
- MERC. *(Comprendiendo y perdonando con gracia y misericordia.)* ¡Bah, no me has ofendido! *(Le abraza.)* Las cabezas locas no tenemos orgullo.
- SANT. *(Emocionadísimo.)* ¡Eres la mujer más buena del mundo!
- MERC. *(Sonriendo.)* Ya me lo dirás luego. Ahora voy con mi hija. Déjame. *(Santiago se dispone a seguirla.)* No, no vengas... Estará llorando...; delante de ella no debes saber nada. Estas penitas negras no se le cuentan más que a la mamá *(Sonriendo.)*, porque es mujer, y los hombres no entienden de locuras. *(Viendo a José María, que acaba de entrar.)* ¡Ah! José María... *(Se detiene con turbación y mira fijamente a su marido.)*
- J. MAR. *(También muy turbado, mirando primero a su madre y luego a Santiago con interrogación angustiada.)* ¿Papá?...
- SANT. *(Con emoción que intenta dominar.)* Anda con tu madre...
- J. MAR. *(Acercándose a Mercedes.)* Mamá..., ¡perdóname!
- MERC. ¡Hijo de mi vida! *(Le abraza estrechamente, como si tomase posesión de él con todo su apasionamiento y toda su dignidad de madre.)*

TELÓN

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

- 1 *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
- 2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
- 3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
- 4 *Encarna, la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.
- 5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
- 6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
- 7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
- 8 *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Sutremera.
- 9 *Fedrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.
- 10 *Los canas de don Juan*, por J. J. Luca de Tena.
- 11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
- 12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.
- 13 *La virtud sospechosa* (extraor.), por J. Benavente.
- 14 *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
- 15 *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
- 16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavin.
- 17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
- 18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
- 19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
- 20 *Verter a vivir*, por Felipe Sassone.
- 21 *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Endérix.
- 22 *Colonia de Illas*, por J. Fernández del Villar.
- 23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.
- 24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
- 25 *Fantasma*, por Manuel Linares Rivas.
- 26 *Rosa de Madrid*, por Fernández Ardavin.
- 27 *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
- 28 *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
- 29 *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
- 30 *La hija de tortis*, por Gabriel D'Annunzio.
- 31 *La Gaiana*, por Pilar Millán Astray.
- 32 *La Malquerida*, por Jacinto Benavente.
- 33 *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Saa.
- 34 *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
- 35 *Vida y dulzura*, por B. Rosñel y G. M. Sierra.
- 36 *Las lágrimas de la Trinidad*, por C. Arniches y J. Abatí.
- 37 *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
- 38 *La Prudencia*, por J. Fernández del Villar.
- 39 *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
- 40 *Madame Pepita*, por G. Martínez Sierra.
- 41 *Don Juan, buena persona*, por S. y J. A. Quintero.
- 42 *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.
- 43 *Señora ama*, por Jacinto Benavente.
- 44 *El secreto de Lucrecia*, por Pedro Muñoz Seca.
- 45 *La fuerza del mal*, por Manuel Linares Rivas.
- 46 *El bandido de la Sierra*, por Luis F. Ardavin.
- 47 *La intrusa*, por Maurice Maeterlinck.
- 48 *No te ofendas, Beatriz*, por C. Arniches y J. Abatí.
- 49 *Los locos*, por S. y J. Alvarez Quintero.

- 50 *El collar de estrellas*, por Jacinto Benavente.
- 51 *El Hanto*, por Pedro Muñoz Seca.
- 52 *Una mujer sin importancia*, por Oscar Wilde.
- 53 *Los intereses creados y La ciudad alegre y confiada*, por Jacinto Benavente.
- 54 *Alfilerazos*, por Jacinto Benavente.
- 55 *La Raza*, por Manuel Linares Rivas.
- 56 *Rosas de otoño y La honra de los hombres*, por Jacinto Benavente.
- 57 *La noche del sábado y La ley de los hijos*, por Jacinto Benavente.
- 58 *La comida de las fieras y Los malhechores del bien*, por Jacinto Benavente.
- 59 *Juventud, divino tesoro*, por G. Martínez Sierra.
- 60 *Mimi Valdés*, por José Fernández del Villar.
- 61 *El azar*, por Federico Oliver.
- 62 *El ilustre huésped*, por S. y J. Alvarez Quintero.
- 63 *Las hijas del Rey Lear*, por Pedro Muñoz Seca.
- 64 *Manolito Pamplinas*, por José María Granada.
- 65 *... Y después?*, por Felipe Sassone.
- 66 *No hay burias con el amor*, por Alfredo de Musso.
- 67 *Los nuevos yernos*, por Jacinto Benavente.
- 68 *Lo que ellas quieren*, por Federico Oliver.
- 69 *El último monje*, por Carlos Arniches.
- 70 *Como hormigas*, por Manuel Linares Rivas.
- 71 *La condesa María*, por Ignacio Luca de Tena.
- 72 *Los sabios*, por Pedro Muñoz Seca.
- 73 *La jaca torda*, por José Luis Mayral.
- 74 *¡Mecachis, qué guape soy!*, por Carlos Arniches.
- 75 *Lirio entre espinas*, por Gregorio Martínez Sierra.
- 76 *Poca cosa es un hombre*, por P. Muñoz Seca y R. López de Haro.
- 77 *Por las nubes*, por Jacinto Benavente.
- 78 *Son mis amores reales*, por Joaquín Dicenta (hijo).
- 79 *Divino tesoro*, por Juan Ignacio Luca de Tena.
- 80 *La dama del armitillo*, por Luis Fernández Ardavin.
- 81 *Lo que se llevan las horas*, por Felipe Sassone.
- 82 *"En Aragón hi nacido"*, por Carlos Arniches y Pedro García Marín.
- 83 *La mala ley y Primero. vivir (extr.)*, por M. L. Rivas.
- 84 *La hija de la Dolores*, por Luis F. Ardavin.
- 85 *María Fernández*, por P. M. Seca y P. P. Fernández.
- 86 *Todo tu amor o Si no es verdad, debiera serlo*, por Felipe Sassone.
- 87 *Buena gente*, por Santiago Rusiñol y G. M. Sierra.
- 88 *La mujer que necesito*, por Enrique Thuillier y S. López de la Héra.
- 89 *Lo caral*, por Jacinto Benavente.
- 90 *La cantaora del Puerto*, por L. F. Ardavin.
- 91 *Fuensanta la del cortijo*, por Rusiñol y G. M. Sierra.
- 92 *Anita la Risueña*, por S. y J. Alvarez Quintero.
- 93 *La neña*, por Federico Oliver.
- 94 *El día menos pensado*, por Antonio Estremera.
- 95 *Bartolo tiene una flauta*, por Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
- 96 *Santa Isabel de Ceres*, por Alfonso Vidal y Planas.
- 97 *Doña Desdenes*, por Federico Oliver.
- 98 *Hamlet*, por Shakespeare, traducción de G. Martínez Sierra.
- 99 *La propia estimación*, por Jacinto Benavente.

R
11379

Biblioteca de La Rioja



10000386832



Imp. Sáez Hermanos.
Norte, 21. — Madrid.

6. MAHILINEL SIEHHA

1888